



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

ÉPOCA 4.^a — AÑO XI. — TOMO IX.

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

NÚMERO 17 — Madrid 15 de Junio de 1886.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas.—*Crónica universal*, por X.—*Carta de Roma*, por D. J. M.—*Los grabados*,—A. D. Ramón Campoamor con motivo de un prólogo, por D. Valentin Gómez.—*Historia de plantas y flores* (continuación), por D. Teodoro Peña Fernández.—*Robespierre* (continuación), por D. Ceferino Suárez Bravo.—*Conocimientos útiles*.—*La pesca del bacalao*.—*Discurso leído en la Real Academia Española, en la recepción pública del R. P. Miguel Mir* (continuación).
GRABADOS.—*Vista exterior de la catedral de Córdoba*.—*Nuestra Señora de Aranzazu*.—*Una noche de luna en las costas de Normandía*.

LA DECENA

La flor es hija de la mañana, encanto de la primavera, fuente de los perfumes, gracia de las vírgenes, amor de los poetas...

Este pasaje de Chateaubriand se me venía hoy á la memoria al recorrer las diversas instalaciones de la Exposición de Horticultura.

Pero al mismo tiempo, admirando tanta variedad, tanta hermosura, tanta brillantez, tantos colo-

res, tan delicados perfumes, y al considerar que todo aquel conjunto de perfecciones, en que parece ha agotado la naturaleza sus recursos de artista, no será dentro de cuatro días más que un montón de hojas lacias, inodoras y descoloridas, recordaba también aquel dicho de Bossuet: «Dios ha hecho las flores de los campos, que se marchitan de la mañana á la tarde.»

Yo no sé si habrá quien no ame á las flores; á mí



VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA, ANTIGUA MEZQUITA-ALJAMA DE LOS MOROS
(De fotografía.)

me parecen, en el orden físico, la obra maestra del Supremo Hacedor.

Lo que sí sé es que hay personas que llevan su afición á este bello producto de la tierra hasta la pasión, hasta el fanatismo. Verdad es que los que así exageran sus aficiones á las flores, no extienden su admiración á todas las flores en general, sino á una sola flor en sus distintas variedades.

La raza de los *especialistas* es insoportable. Para ellos, consagrados al cultivo de una sola especie, no hay flor que merezca atención, curiosidad ó interés más que la suya predilecta.

Alfonso Karr ha dicho, con mucha gracia, que hay aficionados á los tulipanes para quienes las demás flores no son sino miserables hierbajos.

Las flores han sido compañeras inseparables del hombre desde que encantaron la vista y halagaron el olfato de nuestros padres en el Paraíso, hasta hoy que en cien parajes de Madrid nos persigue el grito monótono de la ramilletera: — « ¡Claveles dobles á cinco céntimos! »

Desde Adán hasta Pastor y Landero no se ha interrumpido esta cadena multicolor y odorífera que envuelve á la humanidad entre sus brillantes anillos.

Hay quien cree que el tipo de la *ramilletera*, que incidentalmente he citado, es una creación de nuestros tiempos, como el *fosforero* ó el que vende *por diez céntimos un par de correas*. Nada de eso. Desde que las flores empezaron á desempeñar un papel importante en la vida pública y privada de los pueblos de la antigüedad, el arte de conservarlas, combinarlas y presentarlas con cierto estudio, se alzó á gran altura en la consideración de las gentes.

En un principio, según dice Plinio, una rama de árbol servía para coronar al vencedor en los juegos sagrados; después se decretaron para los victoriosos coronas de flores diversas. Esta costumbre empezó en Sicyona, y fué iniciada por el pintor Pausias y la *ramilletera* Glyceria, á quien aquel artista amaba mucho y se complacía en reproducir sus ramilletes por medio del pincel, estableciéndose así entre ellos una especie de competencia entre la naturaleza y el arte.

En tiempos de Plinio se conservaban los cuadros de Pausias, y se admiraba principalmente uno llamado la *Stephaneplokos*, donde aparecía retratada la misma Glyceria.

Si de Grecia pasamos á Roma, veremos que las flores tenían allí una gran importancia, ya en coronas, ya en guirnalas, de lo cual hallamos testimonios en los escritos de aquella época y en las esculturas de los monumentos públicos.

En los sacrificios, en los misterios y en los festines tenían una altísima representación; y sin duda para mantener incólume su prestigio, estaba prohibido, fuera de los sacrificios y de las comidas, el uso de las flores hasta á las mujeres, que no se hubieran atrevido á presentarse en público con un ramillete. Por haber contravenido á esta disposición, estuvo preso durante algunos años un banquero romano que se asomó á una ventana con una corona de flores en la cabeza. Sólo durante las saturnales, en que se autorizaban tantas libertades como en nuestro Carnaval, era tolerado el uso de las flores.

Todos los poetas latinos hablan de las *ramilleteras* y de las importantes funciones que desempeñaban en aquella sociedad sensual y voluptuosa.

Para juzgar del empleo, mejor dicho, del abuso que hacían de las flores los griegos y los romanos, bastará citar dos hechos. Los eminentes médicos de Grecia Mneritheo y Calímaco escribieron tratados especiales para señalar aquellas flores que producían trastornos más ó menos graves del cerebro cuando se empleaban en la confección de coronas. En Roma, los comensales de un festín no se contentaban con llevar una corona de flores en la cabeza (á la que atribuían virtudes preservativas contra la embriaguez), sino que usaban otra al rededor del cuello.

He olvidado un detalle curioso al mencionar el cuadro de Pausias, en que estaba representada la *ramilletera* Glyceria tejendo una corona de flores: el famoso Lúculo pagó dos talentos (próximamente 44.000 reales) por una simple copia de dicho cuadro, que se consideraba como una obra maestra del arte griego.

Por lo demás, y volviendo á la Exposición de flores y plantas, repito que es uno de los espectáculos que más me seducen, tal vez porque no asisto á él con espíritu indagador ni con las preveniciones de inteligente.

Recreo la vista en aquella multitud de flores y de

plantas; admiro sus formas, sus matices, sus variedades; aspiro sus perfumes; aplaudo el arte y buen gusto que preside á su colocación, y no me detengo á discutir, ni me importa, sobre si todos aquellos hermosos productos de la tierra, y principalmente algunos ejemplares raros, que acuden á disputarse los premios señalados por la Sociedad de Horticultura, han sido cultivados en España á fuerza de estudios, de cuidados y de ensayos, ó han sido adquiridos en lejanos países y transportados al nuestro á costa de grandes sacrificios pecuniarios.

Aun en este caso, los profanos á la floricultura nada perdemos con que se nos facilite la ocasión de conocer alguna de esas extrañas flores sin tener que hacer un viaje á Holanda ó á la India, que nos costaría casi tanto dinero como mandarlas traer de las zonas productoras.

Los extranjeros demuestran, en esto de adquisiciones de productos exóticos, más sentido práctico.

Me ha ocurrido esta reflexión al recordar que he leído hace ocho ó diez días en los periódicos que el soberbio cuadro de *La Concepción* de Murillo se halla en los Estados Unidos. Su actual poseedor, que pagó por él *un millón doscientos mil reales*, no previó, sin duda, al hacer este desembolso, que podía dedicar aquel dinero á la adquisición de alguna planta rara ó de alguna flor desconocida, descubierta en el fondo de una grieta del Himalaya.

La noticia á que he hecho referencia añade que la preciosa azucena sevillana, trasplantada por el opulento *yankee* á la estufa de su galería de pinturas, va á ponerse á la venta en Europa. Es más que probable que el vendedor, acostumbrado á ver en su país cotizarse el arte ni más ni menos que el algodón y el azúcar, aspire á colocar el lienzo en un marco de 588.000 francos, á que asciende hoy el capital que representa el cuadro, acumulando á él los intereses de doce años al 8 por 100.

Sensible es que esa inestimable joya que forma parte de la corona artística del gran maestro español vaya á adornar algún museo de Londres, de París ó de Viena. Pero ¿qué le hemos de hacer? En España, los que son bastante ricos en amor á nuestras glorias y en entusiasmo por el arte, son muy pobres de dinero, y algunos que son ricos, muy ricos en dinero, ¡son tan pobres, pero tan pobres... de corazón!

No hay que pensar en el Estado, porque ese buen señor se reiría del que fuese á proponerle la adquisición del lienzo. « ¡Vaya una ganga que me ofrecen ustedes! — diría con mucha razón: — si se tratara de un acorazado, ó siquiera de un par de cañones de nuevo sistema... ¡pero un cuadro...! ¿están ustedes locos? »

También me parece práctico, aunque menos poético que el cultivo de las flores, el pensamiento ideado en no sé qué país extranjero, de hacer producir á la tierra una nueva planta alimenticia, resultado del cruzamiento artificial del trigo con el centeno, y cuyo cereal debe resultar mucho más barato que el primero y de mucha mejor calidad que el segundo.

Desconfío de estas noticias trascendentales que de vez en cuando aparecen en los periódicos; pero si se confirma la que dejo apuntada, merecerá el inventor del procedimiento una estatua de mármol de Carrara, con mejores títulos que muchos conquistadores de reinos, cuyos pedestales están amasados con sangre y barnizados con lágrimas.

En hablando del *pan*, es casi indispensable hablar del *vino*, que constituye con aquél la base de alimentación de las clases trabajadoras.

El vino, prescindiendo de su parte nutritiva, tónica é higiénica, contiene otro principio que se escapa al análisis químico, pero que se manifiesta de una manera ostensible cuando se combina con los jugos gástricos.

Ese principio, de cuyo descubrimiento reclamo el privilegio exclusivo, entra en la composición del vino, cuando menos en la misma proporción que el alcohol.

Soy demasiado modesto para proponer que, como es uso y costumbre, se aplique á ese componente el nombre del que le ha descubierto; pero al menos tengo derecho á bautizarle, aunque sea en sentido menos *hidrológico* que los taberneros, y quiero que se llame *locuacina*, con relación á los efectos que produce después de su ingestión en el estómago.

El vino, por virtud de ese principio constituyen-

te, produce, según la cantidad en que se ha bebido y los hábitos del bebedor, una tendencia irresistible á hablar, y á hablar mucho, y á hablar fuerte, y á hablar hasta de aquello que no se entiende. El vino es esencialmente *locuaz*; mas para esto es preciso, como he dicho arriba, que sufra un trabajo de destilación en la cavidad gástrica, hasta que la *locuacina* suba en forma de vapor al cerebro y haga mover los fuelles del órgano de la palabra.

Esto es tan claro y tan evidente como muchas verdades filosóficas, y tan racional como infinitas teorías físicas de que están saturados los libros y que yo citaría de buena gana si tuviese siquiera una chispa, ya que no una borrachera, de erudición.

Las propiedades de la *locuacina* son tan enérgicas, que no sólo obran directamente sobre los que beben el vino, sino que se extienden hasta á los que, sin beberlo ó bebiéndolo en cantidad moderada, elaboran, compran, venden, exportan ó manejan ese caldo.

Si quieren ustedes una prueba, se la puedo ofrecer bien reciente, remitiéndoles á las extensas reseñas que ha publicado la prensa de las sesiones celebradas hace pocos días por el Congreso de vinicultores.

La cantidad de discursos pronunciados en el paraninfo de la Universidad Central (donde se había dispuesto el palenque para este torneo de *los espíritus*) no podría aforarse con facilidad.

Se ha hablado bien, se ha hablado con conocimiento de causa, se ha hablado con elocuencia, se ha hablado con entusiasmo, se ha hablado por convencimiento, se ha hablado por patriotismo, se ha hablado por los cosecheros, por los hombres técnicos y, sobre todo, *por los codos*.

Si no fuera inoportuno hablar del agua tratándose de un asunto eminentemente *anhidro*, diría que aquello era... *la mar de discursos*. Los ha habido de todas clases y calidades: claros y transparentes como el vino Bayo; suaves como el vino de Málaga; ásperos, pero de cuerpo, como el vino de Aragón; fuertes y espirituosos como el vino de Jerez; agri-duces como el vino chacolí; azucarados como el vino pardillo, y hasta compuestos y encabezados, como el vino de mi mesa.

Parece mentira que se pueda hablar tanto sobre el vino. Y es que, como dejo dicho, la *locuacina* produce efectos maravillosos, sin necesidad de que se introduzca en el aparato digestivo.

Ahora, del resultado práctico de ese Congreso no se puede juzgar hasta que pase algún tiempo; pero si es cierto que de la discusión sale la luz, como de la uva el vino, yo me prometo que de estas discusiones ha de brotar algo; y me alegraré, siquiera porque no salgan *aguadas* las esperanzas de los vinicultores.

A propósito de la luz, que brota de todas partes menos de la tubería del alumbrado público, parece que es cosa resuelta por el comercio y establecimientos públicos de esta Corte, sustituir en un día, mejor dicho, en una noche dada, el alumbrado de gas por el de petróleo.

Para llegar á este adelanto en materia de luces, no era preciso gastar tantos años, tantos estudios y tanto dinero en ensayar el alumbrado eléctrico y tantos otros sistemas que por lo visto sólo son *luminosos* en teoría.

He cavilado mucho sobre esto; he pesado las ventajas y los inconvenientes de los distintos procedimientos hasta hoy empleados para combatir la oscuridad, y de mis reflexiones he sacado, no precisamente una luz superior á la del gas hidrógeno, sino una conclusión, que me atrevo á someter, sin pretensiones de ninguna especie, á la consideración del comercio desde el anochecer en adelante.

Tal vez es un poco atrevida mi idea, pero yo no me quedo con ella en el cuerpo, y quiero al menos indicarla, para que personas más peritas la desarrollen y perfeccionen.

Figúrense ustedes un receptáculo, cuya capacidad y forma puede variarse con arreglo á la conveniencia ó al capricho del individuo. En este receptáculo se vierte el líquido que ha de producir la luz. En este líquido se sumerge una mecha, que puede ser plana ó cilíndrica, ó sencillamente una reunión de hilos. A la extremidad libre de esta mecha se aplica un fósforo encendido, y acto continuo brota una luz más ó menos intensa, que suple á la luz harto peligrosa del petróleo...

¿No es sencillísimo al par que ingenioso este procedimiento?

Y no vayan ustedes á creer que el líquido que

propongo para producir la luz sea difícil de obtener ó extraordinariamente costoso; nada de eso. Se encuentra en todas las casas, y es bien conocido de todo el mundo: se llama *aceite de olivas*.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



GLADSTONE no es católico, al contrario, ha esgrimido su pluma de hereje contra el Papado y contra los dogmas fundamentales de la Iglesia católica; y sin embargo, por inescrutable designio de la Providencia, aparece hoy luchando contra sus mismos correligionarios y defendiendo varonilmente la santa causa de la católica Irlanda.

El jefe del Gobierno inglés obra en este punto empujado por sus compromisos políticos, contraídos en las últimas elecciones, que le valieron la vuelta al poder; pero ahora resulta, según las revelaciones hechas en el Parlamento, que los «torys» habían por su parte ofrecido á los pamelistas, si triunfaban en las elecciones, conceder á Irlanda más todavía de lo que se les consigna en los proyectos de Gladstone. De donde se deduce que la causa de Irlanda está tocando á su triunfo, pues liberales y conservadores comprenden que sin el concurso de los irlandeses no es ya posible mantenerse en el poder, ni regir los destinos de la gran nación inglesa, dueña hoy de medio mundo y de casi todos los mares de la tierra. Los irlandeses han logrado hacerse indispensables en todos los gobiernos, y sea Gladstone, sea Salisbury, sean los liberales, sean los conservadores, han de darle á Irlanda la independencia que reclama en nombre de la justicia y á costa de tres siglos de sacrificios.

Por 30 votos de mayoría han sido rechazados en la segunda lectura los proyectos de Gladstone; pero este hábil político no ha perdido el valor ni la confianza en su empresa; pedirá la disolución de la Cámara, y de las nuevas elecciones resultará triunfante la causa de Irlanda.

He aquí algunos juicios de la prensa de Londres acerca de estos importantísimos sucesos:

El *Times* declara que el éxito ha superado las esperanzas de las oposiciones, pero que el porvenir pertenece á M. Gladstone y á su proyecto. «Esta vez ha sido derrotado el insigne estadista, dice; pero, ¿quién se atrevería á asegurar que lo será igualmente cuando se renueve la batalla?»

El *Standard* es el periódico que más satisfecho se muestra. Cree que las Cámaras y la Corona pondrán á raya el temperamento reformista de M. Gladstone, y el cuerpo electoral lo derrotará en las próximas elecciones.

El *Morning Post* y el *Daily News* creen que la disolución de la Cámara será inmediata y que M. Gladstone y su proyecto saldrán triunfantes de la próxima contienda electoral.

Esperamos el resultado de esta crisis, confiando en la justicia que asiste á Irlanda y en la recompensa que merece su largo martirio.

Escrito lo que antecede, nos llega por telégrafo la noticia de la disolución del Parlamento inglés.

Esta medida se llevará á efecto tan pronto como queden aprobados los proyectos de Hacienda pendientes.

El Gobierno ha pedido un crédito provisional que le permita despachar los negocios hasta 1.º de Octubre próximo, en que se reunirá el nuevo Parlamento.

Excusado es añadir que las próximas elecciones van á ser reñidísimas y de gran trascendencia para Irlanda.

Mientras la prensa inglesa discute la cuestión de Irlanda, objeto de la presente crisis, la francesa no habla de otra cosa que de la cuestión palpitante de la expulsión de los príncipes, que amenaza también con provocar la crisis del Gobierno francés.

Lugar sería éste, si no fuéramos meros cronistas de los sucesos contemporáneos, de comparar las dos cuestiones y las dos crisis: aquella suscitada por la justicia que reclama la libertad de Irlanda, ésta por la injusticia que pide la tiranía de la república; la crisis inglesa ofreciendo mejorar el estado de las cosas, la francesa amenazando con empeorarla; la protestante Inglaterra acercándose á la verdad, y la católica Francia alejándose de ella.

Pero sigamos el hilo de nuestra narración.

Después de muchas peripecias, la comisión par-

lamentaria encargada de informar sobre la ley de expulsión, aceptó, por seis votos contra cinco, el dictamen redactado por Mr. Pelletan. Dicho dictamen, que es el proyecto Floquet, reformado en el artículo 2.º, que privaba á los príncipes de todo cargo civil y político, propone la expulsión general, y que ésta se lleve á cabo por la vía legislativa.

Este procedimiento, en concepto de los radicales, tiene la ventaja de que para derogarse la medida, es preciso otra ley, cuando dejando el asunto á la potestad del Gobierno, un cambio de ministerio podría dar lugar á un contradecreto.

El Gobierno no se conforma con el dictamen y la Cámara ha de resolver el conflicto, sin que hoy pueda adivinarse el resultado. Entretanto, el príncipe Napoleón se ha descolgado con una carta á los diputados que verdaderamente arde en un candil; les dice que este es el primer paso en el camino de las proscripciones y de la guerra civil. Esta carta ha irritado á los radicales y á los oportunistas, hasta el punto, dice un periódico, de que no sería de extrañar que á despecho del Gobierno prevaleciera en la Cámara el dictamen de la comisión.

Tal es el asunto magno, el asunto que embarga á los estadistas franceses cuando sigue agravándose la cuestión social. Las huelgas se propagan como una peste que amortigua la vida industrial. Se han declarado en huelga los tejedores de lana de las fábricas del Norte. En Fournies, los obreros de los establecimientos de Ivry y de la Compañía exigen la antigua tarifa. Los tejedores de la fábrica de Teófilo Legrand y los de las fábricas Jaquot, Genesson y Compañía, han abandonado los trabajos. La gendarmería ha tenido que ser reforzada en todas estas localidades. En Frelón han estallado las huelgas en las fábricas de Rossette y Compañía. En Saims, en las fábricas de los Sres. Hiroux y Dupont. Los tejedores reclaman un aumento de 200 por 100 sobre todas las novedades que se fabriquen. La inteligencia entre los obreros y fabricantes es muy difícil. Los obreros pasean en grupos y la policía se reconcentra en Saims.

Como se ve, la situación está muy lejos de mejorar. La llegada de los diputados socialistas á los sitios donde han estallado las huelgas, tiende á aumentar la agitación. El resultado de todo esto será la ruina para los unos y la miseria para los otros. La reunión de los obreros de las fábricas de cristal, ha votado por unanimidad la conservación de las treguas. La Asamblea ha votado igualmente el nombramiento de una comisión encargada de solicitar del Consejo municipal que vote socorros en favor de los huelguistas necesitados, y abra una suscripción en los diarios republicanos en bien de los trabajadores que se hallan en huelga.

En Decazeville los mineros han votado también la continuación de las huelgas al grito de ¡Viva la república social!

¿Qué más podemos decir para dar idea de la situación de Francia?

Aun podemos añadir una pincelada al cuadro. Alemania, la implacable vencedora de Sedán, de Metz y de París, procura á todo trance la paz religiosa, dando garantías á la Iglesia católica.

El Emperador Guillermo, que tantas pruebas de simpatía y de afecto ha dado al nuevo Prelado de Posen Guesen, le ha escrito estos días una carta en que le encarga manifieste á los fieles de su diócesis los sentimientos que le animan en favor de la paz religiosa. «Trabajad con el deseo de consolidar esta paz de las almas, le dice, y haréis una obra grata á vuestro soberano.»

El Prelado, inspirado en estas nobles protestas de los sentimientos imperiales, aprovechó la contestación al mensaje de la diputación polaca, para declarar «que en el desempeño de su ministerio pastoral ha de trabajar cuanto pueda por el bien espiritual y moral de sus diocesanos, y que S. M. el Emperador le ha asegurado que en cuanto contribuya al bien del pueblo fiel, podrá contar siempre con sus soberanos auxilios y los de su Gobierno.»

Al terminar, dijo: «Persuadido de los sentimientos de paz que animan al Emperador, he de procurar corresponder á ellos en lo que de mí dependa, haciendo cuanto pueda y sepa, á fin de que la paz no sea alterada en mi diócesis.»

A estas declaraciones, tanto del Emperador como del Prelado, ha precedido un hecho que ha llamado vivamente la atención en Berlín. El día 3 del corriente fué recibido el Arzobispo en audiencia particular del Emperador, el cual invitó al Arzobispo á cenar con él aquella misma noche, y con grande aparato de coches de la Real casa, fué trasladado á palacio el Dr. Dinder, desde el hotel de Roma en que se hospedaba. El Arzobispo ocupó en la mesa la izquierda del Emperador, y la derecha la señora del ministro de Cultos. El Empera-

dor habló largamente con el Dr. Dinder del modo más afable.

Pero hay más: ya se ha empezado á devolver á los católicos los templos que les fueron arrebatados por el Gobierno para que los profanasen los apóstatas llamados *viejos católicos*.

Desde 1.º de Junio está en poder de los católicos la iglesia de Wies-Baden, donde se celebró el día de la Ascensión una función solemnísimas en desagravio de las profanaciones cometidas, y en acción de gracias al Todopoderoso.

¡Qué contraste ofrecen las naciones protestantes comparadas con los católicos y singularmente con Francia!

La prensa alemana habla con reticencias de la tensión que se nota entre Austria y Hungría.

Por hoy nada hay que temer; pero en efecto, la revolución trabaja allí como en todas partes para sembrar la zizaña y provocar discordias. Como que su credo consiste en *dividir para vencer*.

Decía con su acostumbrado laconismo el telégrafo el día 8 desde Bruselas:

«Se advierte una gran reacción en Bélgica después de los últimos sucesos.

» En Gante se han verificado elecciones parciales de diputados.

» Dicho distrito, que estaba anteriormente representado por ocho diputados liberales, ha elegido ocho conservadores ó católicos.»

En efecto, los desórdenes socialistas que han horrorizado á Europa, ocurridos en los distritos mineros y fabriles de Bélgica, han hecho abrir los ojos á muchos que por compromisos políticos los tenían cerrados. El mismo telégrafo haciendo el resumen de las elecciones parciales que acaban de verificarse en Bélgica nos ha dicho:

«Según los resultados definitivos de las elecciones de diputados verificadas en Bélgica, los liberales pierden once puestos.

» Por lo tanto, la Cámara de diputados se compondrá de 97 católicos y 41 liberales.»

La revolución ha protestado contra este resultado ensangrentando las calles de Lieja; pero estas bárbaras protestas justifican más y más «la reacción que, como dice el telégrafo, se advierte en Bélgica después de los últimos sucesos.»

Las expediciones al polo Norte son el campo de aventuras de los audaces marinos de estos tiempos, para quienes viene estrecho el gran Océano.

Han costado la vida á muchos hombres; pero jamás se acaba el plantel de estos aventureros que corren con entusiasmo creciente á luchar contra los implacables rigores de los mares del Norte.

En estos momentos se organiza en Nueva York una expedición americana que irá en busca del polo de rotación de la tierra al mando del teniente Gilder.

Los expedicionarios se habrán puesto en marcha para la bahía de Hudson y Cumberland, en los primeros días del mes corriente.

El teniente Gilder, antes de emprender su expedición, conferenció largamente con el teniente Greely sobre el estado del hielo en la bahía de Hudson, y la vía más rápida y segura para llegar al fuerte Conger desde cabo Isabel.

Gran parte del equipo de la expedición es resultado de los generosos donativos de muchas personas. El teniente Greely ha regalado valiosos libros y varios mapas polares; una casa de Nueva York 500 libras de pólvora; otra, doce termómetros automáticos de temperatura mínima, y varias personas han contribuido con barriles de cerveza, armas de fuego, un estuche de medicina, una estufa de petróleo, etcétera, etcétera.

Mr. Gilder elegirá el personal subalterno de su expedición entre los esquimales de la bahía de Cumberland ó de Hudson, y con ellos espera llegar en trineos y en botes hasta el polo de rotación de la tierra para el verano de 1887 á más tardar, fiando en gran parte el éxito de la expedición en los depósitos de provisiones dejados por otros expedicionarios al Norte de la bahía de Baffin, y también en los recursos que ofrezca el país, al igual que lo hacen los indígenas.

Quiera Dios que no pague cara su audacia, dejando sus huesos y los de sus compañeros bajo los hielos del polo.

X.

CARTA DE ROMA

Roma 9 de Junio de 1886.



En el día en que la Iglesia conmemora la Ascensión del Señor al cielo, se ha celebrado en Roma una fiesta que lo ha sido á la vez de la Religión y del arte; por el carácter sagrado de quien la promovía y por la santidad del lugar en donde se celebraba, podría creerse que la fiesta era principalmente religiosa; pero la verdad es que tratábase de la inauguración de una obra tan acabada y magnífica que tampoco el arte representaba en ella un papel secundario. El nuevo ábside de San Juan de Letrán, á cuya inauguración me refiero, merece, en efecto, ocupar la atención de los artistas, y como á éstos se agregan naturalmente los que no pasan de aficionados al arte, pareceme que su descripción, aunque desaliñada, no ha de desagradar á los lectores de una Revista de arte cristiano.

Tengo entendido que en 1876 los arquitectos á cuyo cargo corría la conservación de San Juan de Letrán, denunciaron por ruinoso el lado derecho del ábside de la Basílica; inmediatamente Pío IX mandó hacer las obras de reparación que exigía la gravedad y urgencia del caso, no sin indicar el deseo de aprovechar la ocasión para prolongar el ábside de la Basílica, conocido por el de Nicolao IV, puesto que en varias circunstancias había resultado insuficiente para contener á todos los Prelados y demás dignatarios de la corte pontificia que acostumbra concurrir cuando oficia el Papa; pero mientras discutíase sobre la manera de efectuar ese pensamiento, Pío IX murió. Su sucesor manifestó desde luego que abundaba en los mismos deseos de prolongar el ábside de la Basílica y encargó la dirección de las obras al arquitecto Sr. Conde Vespignani, nombrando al propio tiempo una comisión de Cardenales y Prelados para resolver las dificultades que pudiera ofrecer la ejecución de la obra. En efecto, y antes de empezar las obras, hubo de examinarse y resolverse una cuestión gravísima, pues así por la respetabilidad y antigüedad del monumento como por el valor artístico del mosaico que ostentaban las paredes del ábside de Nicolao IV, inclinábanse algunos á la opinión de que convenía conservar el mismo casco, ó sea la calota del edificio, procurando llevarle, por medio de máquinas y andamios, á la distancia de veinte ó más metros, según la prolongación que se hubiere decretado; pero el estado ruinoso en que se encontraba el edificio no permitía esperar buen resultado de obra tan atrevida: consultáronse al efecto tres distintos arquitectos de Italia, Francia y Alemania, y su dictamen acabó de persuadir de la imposibilidad de conservar el casco del antiguo ábside, si se tocaba de algún modo. Hubo, pues, precisión de acordar su derribo, pero éste no debía envolver la destrucción del mosaico de las paredes interiores. León XIII mostró decidido empeño en su conservación y pidió á Vespignani buscara el modo de destacarle del muro para reponerle en su día en las paredes del nuevo ábside.

La empresa ofrecía ciertamente sus dificultades, mas supo vencerlas el talento del arquitecto coadyuvado por el director del Estudio de obra musiva establecido en el Vaticano, Sr. Consoni. Después de sacado el *facsimile* del mosaico en cuestión, cubrieron toda su superficie con amplio lienzo, cuyas divisiones presentaban otros tantos meridianos y paralelos, por manera que toda la circunferencia del casco vino á partirse en un sinnúmero de trozos de 50 centímetros, dándose á cada uno de ellos un número progresivo, correspondiente al de las cajitas que se superpusieron luego al lienzo para recibir en su fondo los cuadriláteros en que estaba partido el mosaico, cuando llegase el día de destacarle del muro. Con esta clase de preparativos, la operación se hizo con gran sencillez y maquinamente, pues al derribarse por detrás el edificio, los cuadriláteros del mosaico entraron naturalmente en sus respectivas cajitas; preparada la nueva bóveda, no hubo más que adherir á ella dichas cajas, según su número de orden; la pared estaba naturalmente preparada con oportuno betún, pegándosele luego los referidos cuadriláteros, cuyo descubrimiento ofreció por consiguiente la reproducción del antiguo mosaico. Una vez reproducido éste en el nuevo ábside, el profesor Consoni pasó á restaurarle, aunque poca falta hacía; los que han visitado Roma, recordarán que tiene tres partes, representando en la inferior, que está á nivel de las ventanas, nueve figuras de apóstoles: en la del centro se ve una hermosa cruz con una paloma encima, de cuya boca sale un raudal de agua purísima que va á reunirse al pie de la cruz y forma como una fuente de donde se surten cuatro ríos, y á la cual acérpanse dos ciervos, mientras seis corde-

ros, puestos un poco más abajo, están bebiendo el agua de los ríos; debajo de la cruz, y como protegida por ella, se ve una ciudad, y las torres de ésta aparecen coronadas por dos hermosas cabezas, las de San Pedro y de San Pablo. Por último, en la parte superior del mosaico se destaca de entre las nubes un serafín con seis alas, y á su continuación vienen cuatro querubines en acto de adoración hacia la gran imagen del centro, que es la del Salvador, con cuyo nombre santísimo se titula la Basílica que por su dignidad es la primera iglesia del mundo. La prolongación de ésta ha sido de unos veinte metros; nada tengo que decir sobre la solidez de la nueva construcción, pues basta saber que está en perfecta armonía con las demás partes del edificio. Un arco grandioso, apoyado sobre dos columnas de orden corintio, señala el punto en donde empieza la nueva prolongación del ábside; entre ese punto y el de donde parte el mosaico que adorna el casco del templo hay dos arcos menores que estriban también sobre pilstras del mismo estilo, y parecen coronar las tribunas ó galerías para los cantores de la Basílica, colocados en el medio de ambas paredes.

Era sumamente importante armonizar la decoración de esa nueva parte del ábside con la de la nave Clementina: por eso está ornada con mármoles de vario color, cortados en figuras geométricas correspondientes al estilo de la expresada nave; pero preciso era interrumpir la monotonía de los mármoles, y esto se hizo con dos preciosos frescos colocados frente á frente en la parte superior de las paredes laterales. Con decir que son obra de Grandi, se comprende en seguida lo elogiados que han de ser por la perfección del dibujo y la viveza y armonía, de los colores. Representa uno de ellos una sesión del Concilio de Letrán, presidida por Inocencio III, en el antiguo ábside de la Basílica, mientras el otro es alusivo á la construcción del nuevo, y representa al Pontífice actual rodeado de su corte y sentado sobre el trono en el acto de aprobar los proyectos para la prolongación del referido ábside; los arquitectos Vespignani, padre é hijo, someten á la decisión de Su Santidad los trabajos y planes que tienen preparados, y el Papa parece consultarlos con la comisión de Cardenales convocada al efecto; la atención del público se ha fijado particularmente en este segundo cuadro, pues ofrece una colección de retratos de personajes conocidos por todos; cabalmente por ser cosa al alcance del vulgo, ha cho-cado mucho el anacronismo en que ha caído Grandi al colocar á monseñor Theodoli entre los individuos que componían la corte pontificia en el acto que forma el tema del cuadro, mientras en aquel tiempo era mayordomo de Su Santidad monseñor Ricci, y siguió siéndolo hasta su promoción al cardenalato, ocurrida tres años después de la aprobación de los proyectos que se representan en el cuadro. Por lo demás, en el día de la inauguración del nuevo ábside no ha habido más que alabanzas y plácemes para cuantos han concurrido á su prolongación; también los han merecido muy sinceros el pintor señor Tontana, que ha restaurado con mucha perfección las demás pinturas de la nave Clementina con el fin de que al lado de ellas no chillen demasiado las nuevas, ni se han escatimado los elogios á los restauradores del techo y del pavimento de la Basílica, pues todo se ha renovado para hacer más grandiosa y acabada la empresa acometida por la generosidad del Papa. La solemne inauguración del nuevo ábside se ha celebrado con Misa de Pontifical, en la que ofició el Cardenal Monaco La Valletta, Arcipreste de la Basílica, con asistencia de otros purpurados, muchos Obispos y varias comisiones de Prelados y de los demás Cabildos patriarcales de Roma. Los fieles han concurrido en gran número, pero todos echaban de menos al Pontífice, á cuya generosidad y decidida protección de las artes se debe el que en tiempo de tanta decadencia de gusto artístico y de tanto descuido y desprecio de las riquezas arqueológicas que encierra esta eterna ciudad, aun llegue Roma á atraer la atención de los artistas y que se lleven á cabo obras dignas de la Roma imperial ó de los mejores tiempos de la Roma papal.

Un periódico de aquí ha publicado una curiosa reseña histórica, según la cual las obras de ensanche y decoración de la Basílica lateranense parecen haber acompañado siempre los triunfos y victorias de la Santa Sede, como su misma edificación señala el afianzamiento de la paz dada por Constantino á la Iglesia. Dios quiera que las nuevas obras de ensanche y restauración de San Juan de Letrán, costeadas por León XIII, apresuren el triunfo del pontificado romano sobre todos sus adversarios, y particularmente sobre los que tienen establecida su cátedra de pestilencia en esta santa ciudad.

J. M.

LOS GRABADOS

VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA, ANTIGUA MEZQUITA-ALJAMA DE LOS MOROS.

(De fotografía.)

No hay vista de monumentos españoles más repetida y vulgarizada que la del interior de la catedral de Córdoba; y sin embargo, ninguna menos conocida por el grabado que la exterior, que hoy ofrecemos á nuestros lectores. Es cierto, y esta es la razón del contraste, que la catedral de Córdoba, como casi todos los monumentos árabes, no tiene fachada: redúcese á un murallón almenado sin más ornatos exteriores que alguna puerta, por lo regular posterior á la primitiva disposición del edificio, verdadera reminiscencia de los misteriosas y sombrías pagodas de la India, cerradas á la luz del sol y á la mirada de los profanos.

La historia de la catedral de Córdoba es bien conocida para que nos detengamos á referirla, tanto más, cuanto que no ha mucho que publicamos una carta descriptiva del señor Pérez Villamil, que nos ahorra de este trabajo.

NUESTRA SEÑORA DE ARANZAZU,

Coronada solemnemente el día 3 de Junio.

Se calcula que han asistido á la coronación unas 5.000 personas, entre las cuales se contaban el Sr. Obispo de Vitoria, el Rdo. P. Provincial de los franciscanos, el presidente ó vicepresidente de aquella Diputación, varios diputados y el alcalde de Oñate. El venerable Prelado de la diócesis predicó un elocuente y notable sermón, haciendo fervientes votos al final del mismo por la prosperidad y ventura de nuestra patria. Terminados los actos religiosos de la mañana se envió un expresivo telegrama á Su Santidad León XIII, en el que se daba cuenta de la solemnidad y se impetraba del Padre común de los fieles la bendición apostólica.

En los días sucesivos de las fiestas han asistido más de 10.000 romeros.

UNA NOCHE DE LUNA EN LAS COSTAS DE NORMANDÍA.

Con el título de *Le clair de lune* presentó hace pocos años en la exposición de París el pintor Roux un cuadro que llamó mucho la atención y obtuvo un premio por los efectos de luz que el artista logró dar á un paisaje de las costas de la Normandía en una noche de luna. El paisaje es ciertamente sublime; á la izquierda se destacan las rocas de la costa coronadas de hierbas, y avanzando como un centinela en las aguas, se alza imponente, un peñón desgajado de la costa, á cuyo pie se cortan las olas, envolviéndolo en fosforescentes espumas; á la izquierda se pierde el horizonte en la inmensidad del Océano, marcando la línea divisoria entre las aguas y el cielo dos naves que á velas desplegadas surcan el mar, caminando en busca del anhelado puerto. La luna, campeando como lámpara solitaria en el extenso horizonte, alumbró aquel cuadro á la vez sombrío y poético, plateando con sus rayos las rizadas ondas y marcando la estela de las naves como una senda de luz abierta á las aspiraciones del hombre. El cuadro no puede ser más sencillo, y, sin embargo, conmueve profundamente, porque reproduce fielmente las bellezas de la obra sublime de Dios. Aunque en el grabado pierde los matices del color, no obstante ofrece los reflejos suficientes para apreciar el mérito de la obra y para gozarse con tan sublime cuadro de la naturaleza, que canta la gloria de su Criador.

Á DON RAMON CAMPOAMOR

CON MOTIVO DE UN PRÓLOGO.



¿Usted, mi querido D. Ramón, hombre temible si los hay; conversando cautiva al que le oye: escribiendo engatusa al que le lee, y en el trato social es usted un José María del cariño, porque se lo roba aún á quien le haya mirado á usted con más ojeriza.

¡Temible, amigo Campoamor, muy temible! y tanto, que después de leer varias veces el prólogo que ha puesto usted á su poema *Los Amores de una santa*, uno de cuyos ejemplares he recibido de las propias manos de usted, he tenido que despertar á gritos á mi conciencia para recordarle aquellos versos dirigidos á usted por otro poeta que le conocía á usted á fondo:

Que fueras menos nocivo
Con ser un poco peor.

Dice usted en verdad cosas muy agudas, ¿y cómo no si en usted es aguda hasta la sinrazón? contra ciertas honradas conciencias que quieren buscarle á usted las cosquillas por todas partes y le dejan libre ordinariamente el sitio en que las tiene. Pero además noto que se enfada usted mucho por lo que de usted han escrito, y arremetiendo con ellos puño en alto, los zarandea sin piedad llamándoles gazmoños, hipócritas, pérfidos, especuladores de la moral, y otras lindezas por el estilo, que de seguro no merecen.

Al principio creí que el enfado de un hombre tan desenfadado como usted provenía de que le molestaba toda censura de sus obras, y me dije: ¿Es posible que Campoamor, tan llano y tan indiferente

respecto de su propio valer, se suba á la parra porque haya quien quiera ponerle los puntos sobre las *ies*? ¿Será tan soberbio que se juzgue indiscutible ó tan modesto que dé importancia á las inofensivas mordeduras de cualquier bicharraco?

Mas luégo que vi el empeño con que usted pretende pasar por católico de veras, comprendí que no era el poeta sino el hombre religioso el que se duele de pasar por escéptico ó impío, y esto me reconcilié con usted hasta cierto punto y me animó á dirigirle estas líneas amistosas, seguro de que no ha de llevar á mal que contradiga algo de lo dicho por usted en su prólogo y mucho que usted no dice, pero que yo adivino... porque sí.

En primer lugar, no es fácil saber si usted ataca ó defiende el sensualismo en el arte. Me atrevería á asegurar que en este como en otros puntos es usted un doctrinario como una loma. Proclama usted resueltamente la necesidad del pudor, y jura que en su vida ha escrito nada impío ni obsceno. Está muy bien. Esa protesta de decencia es una plausible condenación del llamado naturalismo moderno, cuyo maestro Zola no ha hecho más que llenar de porquerías la hermosa región del arte, donde la cultura y la buena crianza han sido siempre primorosos aromas del ingenio. Con tener usted la monomanía del erotismo, no es usted, gracias á Dios, de los que creen que para ser artista no se debe tener ni pizca de educación, y que el arte es tan grande que en su esfera cabe hasta aquello que no se puede decir entre personas decentes.

Pero usted se declara partidario del bello desnudo afirmando que es enemigo de la voluptuosidad; sólo que á renglón seguido, exagerando ideas y confundiendo especies, nos sorprende usted con la extraña afirmación de que «es más dado á tentaciones el velo exagerado de una monja, que el traje corto de una bailarina.»

El bello desnudo, es decir, el desnudo del arte griego es, como ha dicho el P. Félix, la carne transfigurada por el ideal. Aquella pureza de líneas, aquella corrección y esbeltez de formas no tienen efectivamente nada de voluptuoso. Parece que representan al cuerpo del hombre antes del pecado, y que el barniz de la inocencia ha despojado de toda sensualidad la casta desnudez de aquellas transparentes carnes.

Esto, sin embargo, no autoriza á decir que el traje corto de una bailarina es menos dado á tentaciones que el velo de una monja, porque en este caso, mi querido D. Ramón, habría que recomendar á las monjas que se vistieran de bailarinas, para evitar tentaciones, y á las bailarinas que se vistieran de monjas, para lo contrario. ¿Qué diría usted si estando usted enfermo se presentara á la cabecera de su cama uno de esos ángeles de la Caridad con el traje que usaba la Emma Livry, ofreciéndole una taza de flores cordiales? Hago juez de este pleito á todas las mujeres, empezando por la de usted. ¿Qué habrían de admitir en su casa á una hermana de San Vicente vestida con faldellín corto y calzón de seda? ¿Ni sería jarana la que armaran por la calle los chiquillos al ver *pudorosamente* vestidas de gasas y malla á las que el verdadero pudor ha vestido con larga túnica de lana basta y toca blanquísima de lino!

En otra parte de su prólogo ha dicho usted mejor y con más exactitud lo que en esa frase — ¡oh pícara manía de hacer frases! — ha querido usted decir: «La desenvoltura más descarada consiste en el encogimiento provocativo.»

Aquí sí que estamos de acuerdo, y por eso precisamente la semidesnudez de las bailarinas es más indecorosa que la absoluta desnudez del arte griego. No vaya usted á figurarse que porque digo esto voy á tragarme como un bobalicón el cuento que usted refiere de Mons. Dupauloup. ¡Ca! Podrá ser cuento... pero no es verdad. Admito que dijera: «que en el arte el desnudo es un traje como otro cualquiera.» Lo que no admito es que semejante frase la aplicara á una mujer, es decir, á una *modelo* desnuda. El arte es una cosa y la naturaleza otra. El desnudo *natural* es un traje como otro cualquiera entre los salvajes: entre los hombres civilizados es, perdónese la palabra, es una cochinería.

Supongo que no me rechazará usted esta afirmación, porque usted, que se declara partidario del pudor en el arte, no va ahora á declararse amigo del impudor en la naturaleza, y yo creo que en la naturaleza el colmo del impudor es la supresión absoluta de... de las modistas y los sastres.

Amargado sin duda por la crítica de los que usted llama mogigatos, suelta usted unas cuantas ideas sobre moral y religión en el arte que ni yo, sin ser mogigato, puedo leer tranquilamente, ni usted de seguro aceptaría, si fuera otro el que las escribiera.

«No hay que exagerar, dice usted, los puritanismos mogigatos, porque éstos son los que, como en Inglaterra en tiempo de la restauración, producen

las reacciones deshonestas. Si la moral demasiado fácil hiere á las costumbres, cuando es muy intransigente irrita á la naturaleza.»

Aquí hay una lamentable confusión entre la mogigatería y la moral. Claro es que la mogigatería al estilo de los puritanos de Cromwell produce reacciones tan indecorosas como la de los Estuardos. Pero eso cuénteselo usted á los protestantes cuya moral es hija legítima de su libre examen. Allí sí cabe esa extraña división que usted hace entre la moral fácil y la moral intransigente. Mas hablando á católicos y sacudiéndose las moscas de sus censuras, ¿á qué viene esa división? La moral es una, y si en cierta clase de asuntos existe diversidad de pareceres, en lo que toca á los pecados de la carne, lo lícito y lo ilícito está perfectamente determinado. En esto no hay moral fácil ni moral intransigente. Como que no hay tampoco parvedad de materia en las infracciones de la castidad. Presumo que usted se refiere únicamente á la moral del arte, á pesar de que habla usted de las costumbres; y claro es que en el arte no deja de tener sus dificultades marcar bien la barrera que separa lo moral de lo inmoral. Hay quien se lleva las manos á la cabeza en cuanto oye hablar de amor ó de adulterio en una obra de arte, como si los vicios y las pasiones humanas no tuvieran señalado en el arte el puesto que les corresponde; y hay quien, como el inmortal Calderón de la Barca, al censurar las obras de Tirso de Molina — donde lo *verde* abunda más que en los prados de su tierra de usted — las colma de alabanzas no sólo por lo ingeniosas, sino por lo ejemplares.

Sin embargo, puede decirse que todo lo que tienda á enaltecer ó embellecer un vicio ó una pasión desordenada, es contrario á la moral, como es obscuro y sucio lo que, sin aquella tendencia, se dirige á pintar y describir con la mayor exactitud las brutalidades de la especie humana. Las obras de Jorge Sand están en el primer caso: las de Zola, en el segundo.

Pero, ¡ay, amigo D. Ramón! Temo que ni aun en este concepto de la moral esté usted conforme conmigo, porque la moral nace de la Religión, y usted, católico, según dice, ha trazado en su prólogo un croquis de su constitución cristiana aplicada al arte, que seguramente les parecería exigua á los mismos secuaces del Madhi.

Dice usted, sin encomendarse á Dios ni al diablo: «¿Cuándo acabaremos de una vez con estas comedias de moral casuística? La síntesis filosófico-teológica del cristianismo se reduce á lo siguiente: «Creo en un Dios personal, infinito en su esencia» y en sus atributos; que sacó libremente la creación » de la nada, y que juzga nuestra alma inmortal des- » pués de la muerte, premiando á los buenos y casti- » gando á los malos.» Esto es lo constitucional, y todo lo demás, como decimos en política, para el artista es reglamentario. Respetando estas verdades fundamentales, el escritor que se dedique *al arte por la idea*, será *esencialmente* cristiano, aunque dé á todos los demás problemas ético-filosóficos la dirección que más convenga á su objeto, sean los que quieran los aspavientos de una ortodoxia litúrgica, tan suspicaz como falta de ilustración. Colocado en la cúspide de este credo, Dante, erigido por el arte en juez supremo, arrojaba al infierno de cabeza á los mismos príncipes de la Iglesia, siempre que los hallaba incursores en injusticia.»

¿Y es posible, Sr. D. Ramón de mi alma, que se haya quedado usted tan ancho después de escribir estas cosas? ¿Conque lo constitucional en el *cristianismo* es suprimir á Cristo de una plumada? Es como si en política dijera usted que lo constitucional en una monarquía parlamentaria es suprimir el Parlamento. ¡Hombré, no! Eso podrá ser monárquico, pero no parlamentario. Así el credo de usted podrá ser y, en efecto, es deista; pero cristiano, ¿por dónde? Ni siquiera afirma usted la triple personalidad de Dios, con que al menos se supondría la existencia de Cristo, segunda Persona de la Trinidad divina. Ese credo poco más ó menos — algo más que menos — fué el que entonó Castelar en las Cortes de 1869, con ocasión de las blasfemias de Suñer y Capdevila. ¿Saldremos ahora con que es usted un tímido correligionario de Castelar?

Ese credo, tan atenuado, tan reducido, cabe perfectamente en las obras artísticas de Jorge Sand y de otros escritores enemigos mortales de la insolubilidad del matrimonio y acérrimos partidarios del amor libre: es el credo de Víctor Hugo, el manifiesto injuriador del Pontificado; es el credo del socialista Eugenio Sué, de Balzac y de Flauvert, y, saltando hasta el siglo XVIII, es el credo de Voltaire, de Diderot y de casi todos los enciclopedistas precursores de la revolución pagana y atea de 1789; de donde resulta que todos esos escritores produjeron obras artísticas *esencialmente* cristianas... sin saberlo y hasta contra su voluntad. ¡Caramba, don

Ramón! Yo todo podía figurármelo, menos que la poligamia y la comunidad de mujeres, por ejemplo, defendidas ó enaltecidas en una obra de arte, cupieran dentro de la constitución cristiana. Y cabrían, Sr. D. Ramón, si la constitución cristiana fuera eso que usted dice, y no lo que realmente es. A Dante, colocado en la cúspide del credo de Santo Tomás de Aquino, le parecería grave ofensa suponerle colocado en la cúspide de ese otro credo, dando el brazo á Voltaire y haciendo carantoñas á Jorge Sand. Pero yo no quiero meterme á defender á uno que se murió en el siglo XIII, y con quien no creo tener relación ninguna de parentesco: sobre que usted le ha ofendido involuntariamente, por servirle de él como de escudo donde recibir los golpes que á usted le tiran.

¡Válgate Dios por el catolicismo con que se nos ha descolgado usted en ese dichoso prólogo, para limpiarse de la nota de escéptico é impío que le adjudican esos á quienes usted pone de hipócritas, mogigatos, ignorantes y tontos que no hay por donde cogerlos! Valiérale más haber echado al mundo su poema sin previos dibujos estético-filosófico-religiosos, dejando á todo fiel cristiano la libertad de juzgarlos como le diera la gana, y á sus admiradores el gusto de ponerlo en los mismos cuernos de la luna.

Por lo demás, créame usted, mi querido D. Ramón; aunque la cosa no tenga malicia en el fondo, es ya mucho sobar eso de hacer pistos de amor y de cristianismo. La fresca y retozona musa de usted, ¿no ha de hallar fuera del templo, del claustro y del confesonario sitios más adecuados para lucir sus eróticas aficiones? ¿Qué empeño tiene usted en perturbar con sus galanteos la paz solemne y el grave recogimiento de aquellos lugares consagrados á la oración y á la penitencia? ¿Tan pocas son las piquetas que minan el santuario, para que usted también contribuya á su demolición con el formidable ariete de su humorismo? Fuera de que se me antoja á mí que en estos tiempos de luchas terribles entre las eternas afirmaciones y las negaciones absolutas, no estamos para que el arte se entretenga en cierta clase de fruslerías. Eso me hace el mismo efecto que ver á algunos escritores políticos como andan á la greña sobre si la libertad ha de tener 3 metros 50 ó 3 metros 75 de extensión, ó si el orden ha de fundarse en granito ó en piedra berroqueña. ¿Qué importa centímetro más ó menos de libertad, ni qué la calidad de la piedra en que ha de fundarse el orden? Se trata de si ha de haber sociedad ó no. Pues lo mismo digo de asuntos como el de su poema. ¿Qué más da que una mujer se vaya ó no á un convento, porque el novio no la vea con los hoyos de las viruelas? De lo que se trata es de si ha de haber monjas ó no... y, francamente, cuando se pintan como usted las pinta, da gana de decir: para eso, más vale que no las haya.

El admirable ingenio de usted, que entusiasmó con su *Colón* los primeros años de mi juventud, ha volado más de una vez por horizontes llenos de luz y de grandeza. Diríjalo usted de nuevo por aquellos rumbos, y no se tome usted la molestia de persuadirnos de que, á pesar de sus canas y sus años, todavía se pirra usted por las mujeres y las mujeres se pirran por usted. ¡Nada! No hay semejante *pirramiento*, y aunque lo hubiera, ¿qué nos importa á nosotros saberlo? A la altura, Sr. D. Ramón, á la altura, que es el espacio propio de las águilas, y deje usted á los gusanillos que se arrastren como puedan por el cenagoso limo de los pantanos.

En la confianza de que usted no se enfadará conmigo por estas observaciones familiares que me he permitido hacerle, y que no me aludirá en ningún prólogo poniéndome de cro y azul, como á los que otras veces le han censurado á usted versos inocentes, se repite de usted afectísimo amigo, seguro servidor q. b. s. m.

VALENTÍN GÓMEZ.

HISTORIA DE PLANTAS Y FLORES

LA AZUCENA Y EL LIRIO

I



La azucena es una planta bulbosa, tipo de la familia de las liliáceas, de hojas alternas, sencillas y sentadas, tallo sencillo, derecho y elegante, coronado de una espiga de flores campanuladas, que despiden fuerte aroma y florecen en Junio y Julio. Las flores de la azucena son, en general, de grandes dimensiones; las hay de diversos colores, rosadas, carminadas, violáceas, rojas y anaranjadas; pero las más co-

nocidas son las blancas. Las principales especies de azucenas son: 1.º, *la azucena gigante*, de las montañas del Himalaya, es la mayor especie, se eleva su tallo á tres metros ó más, que termina por un racimo de flores olorosas, de un blanco amarillento y por el interior de color de carmín; 2.º, *la azucena blanca*, conocida desde la más remota antigüedad citada en la Biblia y en los poetas latinos griegos; según Plinio, originaria de Siria; 3.º, *la azucena de grandes flores del Japón*, planta poco elevada (0,80^m), en proporción al tamaño de sus flores; 4.º, *la azucena atigrada ó martagón de*

la China, hermosa planta de numerosas flores, pues llega á tener doce, de color rojo escarlata ó anaranjado, manchado de púrpura y de pardo; 5.º, *azucena de Calcedonia ó martagón de Oriente*, con flores de rojo escarlata, y 6.º *la azucena de color de naranja*, originaria de la Alemania meridional.

Las cebollas de la azucena blanca tienen algunas aplicaciones medicinales, contienen dos principios, un aceite volátil, acre, irritante y un poco cáustico, empleado como estimulante; y un mucílago empleado como calmante; se usan en cataplasmas como madurativo, y cocidas sirven de alimento en el

Kanchatka y á los baskirs del Volga y del Ural. También se extrae de la azucena la esencia muy apreciada en el comercio y de las damas romanas y parecida á la de jacinto y tuberosa. El polen de las mismas se ha empleado como enemagogo y antiepi-léptico. Por último con los pétalos se prepara el aceite ó bálsamo de azucena.

La azucena es el símbolo de la *grandeza* y de la *majestad*; también lo es de la *inocencia*, el *candor* y la *pureza virginal*.

II

El lirio es una planta tuberculosa, tipo de la fa-



NUESTRA SEÑORA DE ARANZAZU, CORONADA SOLEMNEMENTE EL DÍA 3 DE JUNIO.

milia de la irídeas, de hojas alternas, muchas veces ensiformes ó en forma de espada; sus flores forman un perigonio tubuloso con seis divisiones profundas, que se doblan graciosamente tres hacia arriba y hacia abajo las otras tres. Existen varias especies: 1.º, *el lirio común ó de Alemanin*, de flores azules; 2.º, *el lirio de Florencia*, de flores blancas; 3.º, *el lirio de los pantanos ó lirio amarillo*; *el lirio cárdeno* y otros. El rizoma ó tubérculo del lirio de Florencia, de sabor acre y amargo, pero de olor muy agradable, parecido al de la violeta; antiguamente formaba parte de muchos preparados farmacéuticos, hoy no se usa más que en perfumería; el lirio azul y el amarillo también se emplearon como emeto-cátticos. El lirio es el emblema de *la vuelta de las delicias*.

Es difícil distinguir en la flora bíblico-poética antigua la azucena del lirio, por eso nos ocupamos á su vez de una y otro.

La azucena se llamaba en griego *leirion*, en latín *lilium album* (*lilium candidum* Z.), de donde trae su origen etimológico nuestra palabra *lirio*, que es el nombre de la otra flor; de ahí trae también su origen la palabra francesa *lis*, que significa azucena; en hebreo el *Schoschaanh* expresa gráficamente la azucena, según la generalidad de los intérpretes; los menos conformes, creen significa flor de seis pétalos. Su origen etimológico, según Arias Montano, sale de un verbo hebreo, que significa *placer*, por el que causa su suave aroma; según otros, de árabe *Soucam*, *blancura*; otros de Saranná, *pureza*, la refieren á la hermosa *Susana* triunfando de la

calumnia de los lascivos viejos; otros de la célebre ciudad de *Susa*, en Persia, así llamada por la abundancia de azucenas, de donde venía en la antigüedad el célebre *aceite Susino*, tan apreciado de las matronas romanas; de *Susa* ó de *Susana* viene nuestra palabra *azucena*. Todos los anteriores calificativos corresponden á esta preciosísima flor.

El lirio se llama en latín *iris*, y de esta palabra ha podido salir la palabra *liris* y por corruptela *lirio*.

Dejando á un lado esta cuestión etimológica, es lo cierto que en la Biblia y en los poetas antiguos se confundieron muchas veces el lirio, tipo de las irídeas, con la azucena, tipo de las liliáceas, y hay una razón mitológica para ello.

La mensajera de Juno y de los dioses recibió el nombre de *Iris*, que personifica el magnífico arco del cielo ó arco iris, de cuyos bellísimos colores participa el lirio azul; añádase á esto que de la leche de Juno, cuando se negó á amamantar á Hércules, se formó en el cielo la vía láctea y en la tierra la azucena blanca, por cuya razón se llamó rosa de Juno, y así queda explicada la confusión de unas y otras flores.

Según otro mito, Venus convirtió en azucena á una joven que se había atrevido á disputarle el premio de la belleza.

La azucena blanca, la roja, los narcisos, jacintos, vara de Jesé, lirio azul y lirio cárdeno, todos pueden representar el *Schoschaanh* hebreo.

Muchos son los pasajes bíblicos en que se cita á la azucena, según la opinión de la mayoría de los intérpretes; pero ninguno expresa mejor la mística

unión de Jesucristo con la Iglesia que el siguiente: «Tú eres azucena de las calles, dice la Esposa, Yo flor del campo, la fresca rosa de las llanuras, la más perfumada de Sarón.» El Verbo encarnado, cuya personificación es la blanca azucena, que crece lozana en los valles á beneficio del sol y de la lluvia del cielo, ama con preferencia á la solitaria y sencilla flor del campo, la Iglesia. «Como la azucena entre las espinas, así es mi amada entre las hijas,» dice el Esposo. En este texto la azucena es el emblema de la sobrenatural pureza de la Virgen María. (Cant. cap. i y ii)... La Esposa al dejar el florido jardín, elogia las mejillas del Esposo, comparables á las eras de aromas plantadas por los perfumeros y sus labios con *los lirios*, que destilan la mirra más pura. (Cap. v, v. 13.) Recuerda Salomón los bien cuidados campos de plantas olorosas de Engaddi al lado del célebre Balsamero, como también los preciosos *lirios* de Siria, cuyos purpúreos pétalos se parecían á los labios de Aquel, de quien brotaron palabras de vida.

El profeta Oseas anuncia la ruina de Samaria, aconseja al pueblo que se convierta á Dios y «scrá como rocío, Israel brotará como el lirio...»

Isaías dice que en la reconciliación de Dios con el pueblo «los desiertos florecerán con el resplandor de la azucena.»

El Salvador prefiere y escoge el lirio sobre todas las demás flores, para probar los cuidados paternales con que la Providencia vela sobre todos. Mirad, dice Jesucristo, los lirios en la tierra, que ni trabajan, ni hilan; Salomón con toda su riqueza nunca



UNA NOCHE DE LUNA EN LAS COSTAS DE NORMANDÍA.

se vistió como uno de ellos. Luego, si Dios tiene tanto cuidado de una hierba, que es hoy y que no será mañana, ¡cómo no habrá de tener un gran cuidado de vosotros, hombres de poca fe! (S. Lucas, cap. XII, v. 27.)

David en el Salterio le cita repetidísimas veces. La azucena se talló en los chapiteles del templo de Salomón y dominaba sobre todos los adornos del magnífico candelabro de oro, colocado delante del Tabernáculo.

En la Edad Media también se encuentra esta preciosísima flor. Bernardino de Saint Pierre cuenta la metamorfosis de la bella Lois en Lis (azucena) por Ceres, que había de ser el blasón nacional de Francia por muchos siglos; en efecto, se ha escrito que la flor de lis del escudo francés era la azucena; otros suponen que es el lirio ó el hierro de una lanza. Según otra tradición, el origen de las flores de lis fué el hecho de haber aparecido tres azucenas en el bautismo de Clovis ó Clodoveo, sustituyendo desde esta época á los tres sapos que formaban el blasón de esta corona.

Después de las Cruzadas fueron muy apreciadas las azucenas.

San Luis tomó por divisa una margarita y una azucena, por alusión al nombre de la reina, su esposa, y á las armas de Francia. Llevaba en su adarga una orla de esmalte y, en relieve, una guirnalda de azucenas y margaritas con este mote: «Hors cet anel, pourrions nous trouver amour.»

Doña Blanca de Navarra fundó el monasterio de nuestra Señora de la Azucena.

Se dice que García IV de Navarra, enfermo de gravedad, fué curado milagrosamente por una imagen de la Virgen hallada en el cáliz de una azucena, y en memoria de esto fundó la Orden de nuestra Señora de la Azucena, que se venera en Nájera y cuya insignia es un collar de oro con canastillos de azucenas.

Fernando I de Aragón, fundó también en 1413 la Orden de la Virgen de la Azucena, cuyo distintivo es un collar de oro formado de jarras con azucenas entrelazadas con grifos, del que pende un medallón de la Virgen de la Antigua, que se venera en Medina del Campo.

Son numerosísimas las ciudades y familias ilustres que llevan en su escudo las flores de lis ó de azucena, hasta el punto que podría escribirse un grueso volumen; sólo citaremos las tres flores de lis que lleva en el escusón de las armas de nuestra patria desde que reina en ella la familia de los Borbones; y la jarra con cinco ó más azucenas grabada en el escudo de nuestras iglesias catedrales.

Hemos dicho que la azucena es el emblema de la pureza y de la inocencia, por eso en la iconografía sagrada se la representa como atributo de la Virgen sin mancha, aparece en las manos del castísimo San José esposo de María, y es el emblema de la pureza virginal de San Antonio de Padua, San Luis Gonzaga y otros santos y santas. En la iconografía pagana se representa á la *belleza celeste*, según Alciato, teniendo la mitad de la cabeza oculta entre las nubes, con una azucena en la mano y un compás y una bola en la otra. Según el mismo, la *belleza* es aún representada con una guirnalda de azucenas y violetas, porque la *pureza* y la *modestia* deben ser sus atributos.

Los poetas citan las azucenas y los lirios y les dedican sus versos. Calpurnio, que vivió en tiempo del emperador Caro, dice (Egloga 7): «El ciervo ligero desde los ásperos riscos, salta al valle y apacienta entre *azucenas*» Propertio en sus elegías y Marcial en sus epigramas, comparan la azucena con la plata, la nieve, el florido ligastro y el marfil. Nicandro asegura que los *corintios* la llamaron *ambrosia*, porque suponían formaba parte del delicado manjar de los dioses, y Plinio, aludiendo á la forma de la azucena parecida á un canastillo, dice: *est vera effigies en lathi*. En las grandes fiestas de Jerusalén restaurada por Elío Adriano, dijo un poeta (In festis Ælice.) «Su toga bordada de *lirios*, de rosas y *azucenas* las regias almohadas.» Se recuerda que en el manto de Júpiter, bordado de todas las flores, se destacaba la azucena como la flor predilecta y consagrada á Juno.

Nuestro Meléndez Valdés en la tantas veces citada silva de las flores, dice de la azucena:

No tú, azucena virginal, vestida
Del manto de inocencia en nieve pura,
Y el cáliz de oro fino recamado;
No tú, que en el aroma más preciado
Bañando afortunada tu hermosura
Al par los ojos y el sentido encantas.
De los toques mecida
De mil lindos amores,
Que vivaces codician tus favores,
¡Oh cómo entre sus brazos te levantas!
Cómo brillan del sol al rayo ardiente
Tu corona esplendente,

Y cual en torno cariñosas vuelan
Cien mariposas, y en besarte anhelan.
Tuyo, tuyo sería
¡Oh azucena! el imperio sin la rosa.

Claudio egipcio, refiriéndose al *lirio*, dice: «El verde prado florece, como azulea el campo sin el auxilio humano.» (de Nupt. Honor. et Marice.)

Y Sampridio, describiendo la espléndida mesa de Eliogábalo: «Hasta el pavimento de los comedores estaba alfombrado de *lirios*, narcisos y violetas.»

Virgilio cita muchas veces las azucenas y los lirios; el siguiente pasaje ha dado lugar á numerosas interpretaciones y controversias.

«Alba ligustra cadunt, *vaccinia nigra* leguntur.»
«Se caen de su tallo las campanillas ó correhuela mayor mientras se recolecta el *lirio cárdeno*.»

El sentido no es completo, ni explica nada, dice D. J. G. Talegón en su flora bíblico-poética á quien copiamos en este punto. ¿Será que deben preferirse las cosas útiles á las que sólo tienen belleza? ¿A qué plantas se refirió el poeta?»

Respecto del *vaccinio*, como lleva el adjetivo de *nigra*, muchos creen que se refiere á diferentes puntos negros, como los del Arandano, Moral, etcétera. Mas como Servio afirma que el poeta compara flores á flores, de ahí la necesidad de buscar una que sea *negra*. Pero el adjetivo *negra*, cuando se refiere á una flor equivale á morado subido, *pardo* (esta última es nuestra opinión), porque la *Naturaleza* no presenta ninguna flor decididamente *negra*. La viuda (scabiosa atropurpurea Q.), que es la flor más oscura, es de un tinte violado subido, epíteto que cuadra al *lirio azul*. La Esposa de los Cantares, comparándose á esta flor, dice: «Soy *negra*, pero hermosa. Esto es, morena, tostada por el sol. Si como complemento se añade que *vaccinium* significa violeta, sin duda refiriéndose á la fábula de la *ternera* ó *vaguilla* lo y que violeta en la antigüedad también significaba flor que lleva las primeras letras de Agas (Ag.), resulta que el *vaccinio* de Virgilio es igual que *violeta* ó *el jacinto de los poetas*, y los colores de éstos son parecidos á los del *lirio azul*.

Nuestra opinión no está conforme con la tan respetable del señor Talegón: 1.º porque al *color moreno* de la Esposa de los Cantares se parece más el *lirio cárdeno*, que al *azul* del lirio de los valles; creemos que nadie puede confundir el moreno ó *pardo* de la tez humana con el *color azul*; 2.º porque Mr. Du Molín (cuya cita tomamos del Sr. Talegón), para probar con datos irrecusables que el *jacinto* de la flora poética antigua es el *lirio*, se refiere al *lirio cárdeno* y ha consultado no sólo á los poetas griegos Homero, Safo, Teócrito, Nicandro, etc., á los latinos Catulo, Virgilio, Horacio, Calpurnio, Columela, Marcial y otros; á Plinio y Teofrasto, padres de la botánica romana y griega, ha consultado también el microscopio. Efectivamente, en las lacrias de la corola monopétala del *lirio* se ve que en las barbas de la garganta de esta flor hay unos filamentos amarillos que forman tres venas longitudinales, con otras oblicuas numerosas simples ó doblemente bifurcadas, que representan con más ó menos certeza el *Ay* de dolor de Apolo perdiendo á Jacinto, ó de Ajax vencido por Ulises, cuyas dos fábulas explican el origen mitológico del *jacinto*; 3.º porque según nuestra observación el *lirio cárdeno* también tiene como el azul esas rayas longitudinales y bifurcadas, estando además toda su corola ó perigonio salpicado de manchas de rojo oscuro ó de amaranto, más ó menos parecido al color de la sangre y en su forma semejan letras manuscritas que pueden representar aun mejor que las rayas amarillas el *Ay* de dolor; 4.º Claudio en su robo de Proserpina (cap. 2.º, v. 92) confirma nuestra opinión respecto del *lirio cárdeno*, cuando dice: «El céfiro viste á la rosa de rojo sanguíneo, al *lirio* de un tinte oscuro y á la *violeta* de un suave matiz *púrpura*» Luego es distinto el color del *lirio* del más ó menos *azul* de la *violeta*.

Entre nuestros poetas dice Góngora y Argote (don Luis):

Los blancos lirios que de ciento en ciento
Hijos del sol, nos da la primavera,
A quien del Tajo son en la ribera
Oro su cuna, perlas su alimento.

Y D. Juan Arolas en su composición *El lirio de Mayo*, dice:

Ama el valle y fresco suelo
Y la sombra leve y pura,
Y halago del arroyuelo,
Que á besarlo se apresura.
Y luego viene á exhalar,
Un aroma que embelesa,
Pues quiere recompensar
Sombra y agua que le besa.

Y las gracias de la flor
Balsámica en sus caricias
Que le indica con amor
La vuelta de las delicias.

TEODORO PEÑA FERNÁNDEZ.

JUSTINA

(EL MÁGICO PRODIGIOSO.)

¡Amor...! ¡amor...! ¡amor...! Naturaleza
En torno de Justina repetía,
Y, dominados por amor, sentía
Su corazón y femenino flaqueza.

Pero, ¡cómo alcanzar de la pureza
La virgen palma que soñado había
Si á los halagos del amor cedía
Su virtud y cristiana fortaleza!

El ruiñeñor que á su consorte llama,
La vid que abraza, el girasol que llora...
Todo cuanto es y cuanto existe ama;

Pero ese amor, si dichas atesora,
Es tan fugaz, tan breve, que no inflama
A quien, como ella, lo inmortal adora.

VICENTE COLORADO.

ROBESPIERRE

Crónica dramática del Terror.

(Continuación.)

TALLIEN.

Yo he pedido hace un instante que se descorriese el velo: el velo se ha descorrido al fin. Los conspiradores acaban de ser desenmascarados. Sobre sus cadáveres triunfará la libertad.

Voces en la Montaña.

Sí, sí, triunfará.

TALLIEN.

El espectáculo que estoy presenciando me asegura de que el enemigo de la representación nacional va á caer en este mismo sitio herido por el rayo de la ley. Hasta hoy me había impuesto el silencio por no agravar la situación de la república; pero ayer asistí á la sesión de los jacobinos y me han espantado los peligros que amenazan á la patria. Sí, yo vi ayer formarse el ejército del nuevo Cromwell y he venido armado de este puñal (saca el puñal de Teresa,) para atravesarle el corazón, en el caso de que la Convención nacional no tuviese el valor de decretar su acusación.

(Blande el puñal con gesto amenazador sobre el pecho de Robespierre, que retrocede pálido y subyugado, pero sin abandonar la tribuna. La Convención electrizada se levanta en masa á aplaudir: las tribunas hacen lo mismo.)

ENRIQUE.

La Llanura ha pasado el Rubicón.

BONAPARTE.

La batalla está ganada: el puñal de Tallien ha herido la cuestión.

TALLIEN.

(Después de esperar á que se restablezca la calma en la Asamblea.)

Nosotros, á fuer de verdaderos republicanos, con la lealtad del valor, acusamos al tirano ante la justicia del pueblo francés. Defraudemos las esperanzas de los que esperan de la Convención nuevos suplicios y nuevas proscripciones. Sólo los malvados caerán bajo el filo de la justicia nacional. (Aplauso general.) Nosotros no somos moderados (Aplauden la Montaña.) pero no queremos que la inocencia sea oprimida. (Aplauden la Llanura y el centro.) Despiértense los patriotas y concurren con nosotros á salvar la libertad. El hombre que está aquí á mi lado en la tribuna, es un nuevo Catilina, que aspiraba á fundar su imperio sobre los cadáveres de todos los republicanos. Pido que nos declaremos en sesión permanente hasta tanto que la espada de la ley caiga inexorable sobre los traidores.

(Frenéticas muestras de aprobación en todos los bancos; Tallien deja la tribuna á Barrere, que ocupa su puesto.)

ROBESPIERRE.

(A Barrere.)

¿Qué vienes á hacer aquí? ¿Me consideras ya caído? Retírate.

BARRERE.

(Apartando con desdén á Robespierre.)

Vengo á advertir á la Convención que mientras aquí se delibera, las facciones armadas que se agitan fuera de este recinto, tratan de apoderarse del Gobierno insurreccionándose contra las leyes. La libertad se pierde si vacilamos entre un hombre y la patria. Se ataca en nuestro mismo seno al Gobierno revolucionario. (A las tribunas públicas.) Ciudadanos, si no os unís á la Representación nacional, el pueblo va á ser entregado á todas las venganzas de los tiranos.

(Rugidos de aprobación en las tribunas.)

BONAPARTE.

Robespierre está perdido. Barrere le ataca.

ROBESPIERRE.

¡Miserable! Yo demostraré...

(El tumulto y los gritos de ¡abajo el tirano! vuelven á sofocar su voz. Tallien se lanza á la tribuna que le deja Barrere.)

ROBESPIERRE.

(Fuera de sí.)

Presidente, cumple con tu deber... La palabra... La palabra...

TALLIEN.

(Interrumpiéndole.)

Los tiranos no tienen voz en una Asamblea libre. Tú nos has rodeado de espías: todo el que ha conspirado contra ti ha sido tratado como conspirador contra la patria. La patria despierta al fin de este letargo de sangre y de opresión y te va á juzgar. (A la Convención.) Es preciso que vuestras resoluciones se eleven á la altura de los peligros que nos rodean. Este hombre que no cesa de hablar de su virtud, este hombre que se ocultó en un sótano durante la solemne jornada del 10 de Agosto, para aparecer tres días después á erigirse en dueño de los destinos de la revolución, este hombre, que debía ser en todas partes el defensor de los oprimidos, se ha puesto á la cabeza de una conjuración para exterminar á cuantos se opongan á su tiránico dominio y ahogar la libertad en ríos de sangre. El Ayuntamiento, los Jacobinos, la Guardia nacional y la más inmunda canalla de París, se han declarado en rebelión y el nombre de Robespierre sirve de bandera á los amotinados. Sabed que todos los actos de opresión y de sangre decretados en estos últimos tiempos son obra suya. Suya es la horrible ley de sospechosos que ha convertido en delatores y espías á la mitad de los franceses.

Clamores generales.

¡Es verdad, es verdad!

ROBESPIERRE.

(Frenético.)

¡Es falso, es falso!

(Se reproduce el tumulto y los gritos, cada vez más atronadores, de ¡abajo el tirano! Robespierre con la fisonomía descompuesta y agitado de un temblor convulsivo, baja los escalones de la tribuna y se dirige á los bancos de los diputados de la Llanura. A su paso lueven sobre él amenazas y apóstrofes injuriosos.)

Representantes íntegros y virtuosos, sed mi escudo contra la persecución de esos foragidos. Robespierre fué siempre vuestro amigo, vuestro defensor, bien lo sabéis. Vosotros me haréis justicia.

DURAND de MALLAINE.

(Desde el centro de la Llanura con voz solemne.)

¡Malvado! La justicia exige imperiosamente que expies tus crímenes sobre el cadalso.

Varios diputados de la Llanura.

Sí, sí. Aléjate de aquí.

(Robespierre se deja caer desalentado sobre un banco del centro.)

Un diputado girondino.

(Levantándose.)

¡Ese era el asiento de Vergniaud!

(Robespierre se levanta sobresaltado y corre hacia los bancos de la Montaña.)

ROBESPIERRE.

Montañeses: vosotros no podéis rechazarme. ¿Qué será de la santa Montaña sin Robespierre? No os dejéis arrastrar por algunos perversos que quieren deshonorar y deshonorar á la revolución.

LEGENDE.

(Señalando algunos asientos vacíos delante de él.)

Robespierre: ahí se sentaban Dantón, Camilo Desmoulins, Lacroix, Fabre, Filipeaux... Las sombras de tus víctimas te rechazan.

(Los montañeses se levantan y extienden la mano como para rechazar á Robespierre. Este corre al centro de la sala y se dirige á las tribunas públicas.)

ROBESPIERRE.

¡Pueblo de París! Tu amigo, tu representante, el ciudadano incorruptible que ha cifrado su orgullo en ser ejecutor de todas tus voluntades, necesita tu auxilio. ¿Me lo negarás?

Una matrona.

(Avanzando el cuerpo y extendiendo el brazo desde la tribuna pública.)

Maximiliano Robespierre, caiga sobre ti la maldición de todas las madres.

(El tumulto llega á su colmo. Robespierre se precipita de nuevo á la tribuna que sigue ocupando Tallien, sube hasta la última grada y se agarra con las manos crispadas á la baranda.)

ROBESPIERRE.

(Con voz sofocada.)

¡Presidente de asesinos...! ¡Por última vez te pido la palabra!

GARNIER de L'AUBE.

La sangre de Dantón te ahoga.

(Aplausos.)

PRESIDENTE.

La tendrás cuando te llegue tu vez.

Gritos y voces unánimes.

¡No, no!

DUVAL.

(Procurando hacerse oír en medio del tumulto.)

Presidente: mientras aquí perdemos el tiempo, París arde. ¿Tolerarás que un hombre continúe siendo dueño de la Convención?

Una voz.

¡Demasiado tiempo lo ha sido!

FRERÓN.

¡Cómo cuesta derribar á un tirano!

TALLIEN.

(Haciendo un gesto para imponer silencio.)

Oidme.

Voces.

Que hable el ciudadano Tallien. ¡Silencio! ¡Atención!

TALLIEN.

Ya es tiempo de formular el voto unánime de la Asamblea. Voy á lanzar el grito que flota aquí sobre todos los labios. Pido que se decreta por aclamación la acusación y el arresto de Robespierre.

(La Convención entera, menos Robespierre el joven, Saint Just, Couthon y Lebas, se levanta aplaudiendo. De las tribunas salen también aplausos atronadores. Robespierre inclina la cabeza y se queda inmóvil en las gradas de la tribuna dando vueltas maquinalmente á un cortaplumas que tiene en la mano. Escena indescriptible. Los convencionales abandonan sus puestos y se mezclan unos con otros abrazándose. Las tribunas ofrecen el mismo espectáculo. Thuriot deja la presidencia á Collot d'Herbois. Este agita la campanilla para restablecer el orden: los convencionales vuelven poco á poco á ocupar sus asientos: al fin se calma el tumulto.)

EL PRESIDENTE.

Ciudadanos, habéis salvado á la patria. La patria con el seno desgarrado no ha acudido á vuestro patriotismo inútilmente. Se quería mermar vuestras filas organizando contra vosotros un nuevo 31 de Mayo.

ROBESPIERRE.

(Interrumpiéndole con rabia.)

¡Mientes...!

Gritos furiosos.

¡Al orden! ¡A la Conserjería! ¡El acusado á la barra!

PRESIDENTE.

(Levantándose.)

Ujieres de la Convención, prended al acusado. (En medio del tumulto que provoca esta escena, los ujieres se acercan, cohibidos por el temor y el respeto que todavía les impone Robespierre. Este resiste sus intimaciones dando siempre vueltas maquinalmente al cortaplumas.)

ENRIQUE.

(A Bonaparte.)

¿Querrá suicidarse?

BONAPARTE.

Eso simplificaría mucho el asunto. La rebelión se quedaría sin bandera.

(El desorden y el tumulto crecen. Muchos montañeses bajan de sus asientos á excitar á los ujieres y amenazan con los puños cerrados á Robespierre. Tallien que ha salido de la Asamblea al principio de esta escena, entra seguido de algunos gendarmes que se apoderan del acusado sin resistencia. Aplausos. Robespierre el menor, Saint Just y Lebas dejan su asiento y se van á colocar al lado de Robespierre.)

COUTHON.

(Desde su asiento.)

Gendarmes, llevadme á mí también. Soy paralítico y no puedo ir por mi pie á la guillotina.

Una voz.

Los inocentes que has llevado á ella te arrastrarán.

(Risas burlonas.)

PRESIDENTE.

Ciudadanos, ¿decretáis también la acusación y el arresto de Robespierre el menor, Saint Just, Couthon y Lebas, que haciéndose á sí propios justicia quieren correr la suerte del tirano?

Muchos convencionales.

¡Sí, sí!

Una voz.

(Desde la tribuna.)

Vayan con el verdugo sus ayudantes.

(Dos gendarmes cogen al paralítico Couthon y lo llevan al grupo de los demás acusados que salen precedidos de Tallien y otros convencionales. La sesión se suspende en medio de la mayor agitación.)

Escena V.

Dichos, LAVAL, de la juventud dorada.

(Enrique se levanta al ver á Laval y hablan aparte.)

ENRIQUE.

¿Has estado en el Tribunal hasta el fin?

LAVAL.

Te lo había prometido.

ENRIQUE.

¿Han sido condenados? ¡Callas...!

LAVAL.

¿Por qué me haces esa pregunta?

ENRIQUE.

Es verdad. El tirano ha caído. ¿Lo sabías?

LAVAL.

Sí. Los emisarios de los jacobinos y del Ayuntamiento están ya recorriendo los barrios y provocando la insurrección. Las campanas tocan á rebato. Por todas las calles se ven correr apresurados los guardias nacionales, los de las secciones y los artilleros de Henriot, que acuden armados al llamamiento del Comité insurreccional, establecido en la casa del Ayuntamiento. En el momento en que pasaba por la calle de San Honorato para venir aquí, he visto un considerable grupo de habitantes que á los gritos de ¡perdón! ¡soltadlos! Robespierre ha caído, intentaban detener algunas carretas que marchaban cargadas de víctimas á la plaza de la Revolución. Yo me uní á aquellos buenos parisienses para ayudarles; pero Henriot con sus sicarios cayó sobre nosotros y tuvimos que abandonar el campo á los verdugos. ¡Oh! si hubiera tenido allí á mis compañeros!

ENRIQUE.

Mañana tomaremos el desquite, Laval. Nuestra gente no hace ya falta en las tribunas: distribúyela por las cercanías de las prisiones y que no dejen pasar una sola carreta... Tú vé á vigilar los alrededores de la Conserjería. Yo iré á reunirme contigo. (Al ver á Tallien.) Espera.

Escena VI.

Dichos, TALLIEN.

TALLIEN.

(A Enrique.)

Condenada, ¿no es verdad?

ENRIQUE.

Sí, con mi esposa y con mi padre.

TALLIEN.

Los salvaremos.

ENRIQUE.

¿Conoces el estado de París?

TALLIEN.

De eso vengo á hablarte. En el trayecto de la Convención á la Conserjería, Robespierre puede ser puesto en libertad por los amotinados.

ENRIQUE.

Si hay que soltarlo, es preciso no soltarlo vivo. Su vida es la muerte de todas nuestras esperanzas.

1 Día en que fueron presos los girondinos.

TALLIEN.

Me has comprendido. Yo no me fío de los gendarmes, son pocos y el nombre de Robespierre los espanta todavía.

ENRIQUE.

Mi gente escoltará el coche. Laval reúne a todos nuestros amigos en la plaza. Yo dirigiré la expedición. (Vase Laval.) Puedes estar tranquilo: si carga sobre nosotros la canalla y nos vemos obligados a dejar el prisionero, ya sabes que yo tengo el otro.

(Enseñando el puñal.)

Escena última.

Dichos, BARRÁS.

BARRÁS.

Tallien, Henriot a la cabeza de los insurrectos ha salido de la plaza de la Bastilla y se dirige a la Convención. Urge sacar de aquí a los presos.

TALLIEN.

(A Enrique.)

¿Lo oyes, Florval?

ENRIQUE.

Te repito que yo respondo. Vamos por los prisioneros.

BARRÁS.

(Queriendo detener a Tallien.)

¿Qué vas a hacer...?

BONAPARTE.

(Tocando en el hombro a Barrás.)

Yo abono al ciudadano Florval. Te aseguro que Robespierre irá bien escoltado. (A Enrique.) Amigo Florval, la Convención va a ser atacada. Dile al jefe de la juventud dorada que su presencia va a ser aquí muy necesaria antes de una hora.

ENRIQUE.

Aquí estará para recibir a la canalla de Henriot. Vamos.

(Sale con Tallien.)

BARRÁS.

Ciudadano general, mis colegas van a darme el mando de la Guardia nacional y de las fuerzas que protegen a la Convención. ¿Quieres que te proponga en mi lugar?

BONAPARTE.

No. Sería robaros la gloria de una batalla que tenéis ya medio ganada. Vencido el Terror en la Asamblea, no puede obtener la victoria en las calles sino por culpa vuestra. Obrad con prontitud y con energía. Ya me necesitaréis.

FIN DE LA TERCERA JORNADA.

C. SUÁREZ BRAVO.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Escritura sobre marfil y sobre plomo. — Hecho un cocimiento de 50 gramos de palo del Brasil, disuélvase en él un gramo de cromato de potasa amarillo, y se tendrá una tinta a propósito para los usos indicados.

Modo de conocer si el vino tinto se ha coloreado artificialmente. — Según M. Mourou Krohn, si se somete el vino tinto natural a la electrolisis, se descolora completamente, y queda un depósito de laminillas rojas en uno de los polos. El vino blanco coloreado artificialmente, cuando se somete a la electrolisis, se descolora también, pero sin obtener depósito de laminillas. El examen microscópico demuestra claramente esta diferencia.

La manera de operar es como sigue: se diluye en cinco a seis veces de agua el volumen del vino, y se acidifica con algunas gotas de ácido sulfúrico. Se introducen en esta solución dos pequeñas láminas de platino que se unen a los polos de una pila de dos elementos de Bunsen. Se hace pasar la corriente eléctrica hasta descoloración completa, y se examina el depósito con el microscopio.

Contra el mildew. — Se ha visto que el empleo de tutores bañados en una disolución de sulfato de cobre no ha dado resultado eficaz para preservar a las vides de los daños de la *peronospora viticola*, ó sea el mildew, puesto que ha invadido sin distinción lo mismo a las vides resguardadas con tutores que a las restantes. M. Gaillot aconseja preparar con

trozos de sarmientos de 30 centímetros de largo, bañados en azufre fundido, unas pajuelas que se distribuyen en los viñedos y se encienden de modo que los vapores sulfurosos que desprenden al arder obran sobre las vides y las desinfectan del mildew si estaban invadidas. Es medio sencillo de experimentar a fin de comprobar su eficacia para destruir esta plaga de la vid.

Canal del Volga al Dón. — Una comisión de ingenieros franceses y rusos, presidida por M. León Dru, ha terminado los estudios de un canal que enlace los ríos Volga y Dón, a fin de que por este medio quede establecida una comunicación entre los mares Caspio y Negro. Ya en el siglo XVI, Selín II, hijo de Solimán el Magnífico, había tratado de efectuar esta obra para facilitar el transporte de material de guerra del ejército turco, cuando tenía puesto cerco a la ciudad de Astracán.

Explotación del geranio. — El cultivo de esta planta en el monasterio de los trapenses de Staoneh (Argelia), demuestra los rendimientos que produce esta explotación, sobre la cual llamamos la atención de nuestros agricultores.

Las hojas del geranio dan por destilación un aceite esencial de olor muy grato, parecido al de rosa, el cual se emplea con frecuencia para falsificar este último perfume, atendiendo a que la esencia de rosa se paga a 1.000 pesetas el kilogramo y la del geranio vale de 50 a 70 pesetas igual peso.

En el citado establecimiento, el geranio ocupa una extensión de 20 hectáreas, cuyo cultivo se presta a suelos de toda clase; en los arcilloso-compactos y abonados con exceso da mayor producción de hojas, pero éstas contienen menos esencia; en los arenosos, ligeros y sueltos la cantidad de hojas es menor, pero ésta contiene más perfume.

Las plantaciones se hacen en Octubre ó Noviembre, después de las primeras lluvias de otoño. La variedad preferida para la obtención de esencia es la de hojas lascinadas, vulgarmente llamada geranio rosa, y el cultivo requiere frecuentes limpiezas del terreno, en especial antes de las tres cosechas de Abril, Julio y Octubre, en que se recoge la hoja, siendo la más productiva la de Abril. En cada hectárea de terreno pueden criarse 40.000 pies de geranio, durando la producción de hoja diez años sucesivos.

De cada 1.500 kilogramos de hojas se obtiene uno de esencia. Para ello se hacen hervir con agua las hojas, flores, tallos y demás partes de la planta, y el vapor arrastra consigo mecánicamente las partículas esenciales, y condensando el vapor, se recoge con el agua la esencia, que es insoluble en ella.

Para esta operación se emplea un aparato de destilación común, formado por una caldera y un alambique refrigerante.

El valor a que resulta la esencia del geranio, es de 35 pesetas el kilogramo; el precio de venta oscila entre 40 y 120 pesetas, siendo el medio de unas 70 pesetas, en cuyas condiciones la hectárea de terreno cultivado de geranio da unas 600 pesetas anuales de beneficio.

La esencia de geranio no se conserva mucho tiempo; a la temperatura ordinaria absorbe oxígeno del aire, produciéndose una materia resinosa colorante, y asimismo le altera la luz, por lo cual debe conservarse en frascos de color azul muy bien tapados y guardarse en sitio oscuro.

La cantidad de esencia obtenida con 100 kilogramos de primera materia para los perfumes más usuales en el comercio y sus precios son los siguientes:

	Cantidad obtenida de 100 kilogramos de primera materia.	Peso del kilogramo de esencia.
	Kilos.	Pesetas.
Rosa de Turquía.....	0,038	1.000
Rosa de Provenza.....	0,016	"
Menta.....	0,150	140
Geranio.....	0,110	50 a 80
Anís.....	2,250	50
Limón.....	6,250	20 a 30
Lavanda.....	1,606	15
Romero.....	2,000	8

Contra el dolor de muelas. — El Dr. Hennedy recomienda el tratamiento siguiente:

Se hacen fundir dos partes de cera blanca ó de esperma de ballena, se añade una parte de ácido fénico cristalizado y otra de hidrato de cloral y se agita hasta conseguir la disolución completa. Mien-

tras la masa está todavía líquida, se sumergen porciones de algodón y después se hacen secar.

Para servirse del algodón así preparado, se toma una corta porción y después de calentarlo suavemente se introducen en el hueco de la muela enferma ó cariada y se deja que se solidifique.

Según el autor, este procedimiento tan sencillo da excelente resultado.

LA PESCA DEL BACALAO

A pesca del bacalao, como un extenso ramo industrial que contribuye a suplir las necesidades de varias manufacturas, y más particularmente la producción del aceite de hígado de bacalao, considerado hoy como uno de los más importantes y valiosos de los productos farmacéuticos, se hace principalmente en las costas de Noruega, de Terranova y de los Estados Unidos. En el orden de preferencia aquí dado, la pesca europea merece probablemente el primer lugar, pues algunas de las más grandes cogidas y del mejor pescado, se efectúan en los bancos de Finmarken, y las islas de Loffoden, en Noruega. Durante los meses de Febrero, Marzo y Abril, los bacalaos hacen su habitación sobre los bajos ó bancos antes designados. En Finmarken la pesca comienza en Abril y continúa hasta principios de Mayo.

En la costa de Terranova, la estación comienza a mediados de Julio, y dura, por término medio, noventa días; mientras que en nuestras costas comienza en Septiembre y continúa hasta muy entrado el invierno. Donde la pesca es conducida bajo el principio más sistemático para la obtención del aceite, las lanchas y demás embarcaciones menores se dirigen a las pesquerías por la mañana, y están de vuelta por la noche. Tan pronto como llegan a la playa, se extraen del bacalao los hígados frescos, y se limpian con tanto esmero como lo pueda permitir la rapidez de este procedimiento preliminar. Se les somete entonces a una baja temperatura en una caldera forrada de lata, y un calor suave hace ir separando gradualmente el aceite. El producto oleaginoso es entonces sometido a varias filtraciones, que tienen el efecto de eliminar todas las partículas fibrinosas u otra materia extraña que pueda contener. El resultado es un aceite de pureza extraordinaria.

La experiencia de reputados manufactureros ha demostrado que, por su pureza, brillantez de color y la ligera sombra ambarina, indicativa de esas dos cualidades, el aceite noruego ocupa el primer puesto. Como un agente curativo lo prefieren también los médicos, particularmente cuando está combinado con hipofosfite de cal y de sosa, en perfecta armonía química, como en la emulsión de Scott.

El examen químico ha demostrado que el bacalao de Noruega contiene una gran proporción de hierro y fósforo (los reconstituyentes más importantes de la sangre), cuando la falta de estos minerales en el sistema humano es causa primordial de debilidad y enfermedades. Puede decirse de paso, no obstante, que algunos fabricantes emprendedores de este país, han logrado desarrollar el producto de nuestras propias aguas un artículo que parece rivalizar con el de Noruega. La demanda por el artículo, desde el descubrimiento de su valor como un pulmonífico y restaurador del tejido humano, ha crecido inmensamente. El rendimiento en su estado natural es suficiente para suplir todo el que pueda necesitar el universo. No hay, pues, razón para adulterarlo.

MISCELANEA

Correspondiendo al año próximo la celebración trienal de las Exposiciones de Bellas Artes, muy en breve publicará la *Gaceta* la convocatoria a los pintores, escultores y arquitectos que deseen concurrir a ella con sus obras.

La Exposición se celebrará en el edificio del Campo Grande del Retiro.

En uno de los últimos domingos se ha colocado en Huesca con gran solemnidad la primera piedra de un templo parroquial, que adjunto a aquella catedral ha de erigirse a expensas de aquel dignísimo y virtuoso Prelado, que tantas pruebas tiene dadas de su ardiente caridad y acendrado amor a sus diocesanos.

Quiera Dios que lo vea pronto terminado.

Los periódicos valencianos hablan estos días de un penitente que está edificando á los vecinos de Villavieja con su austeridad y sus piadosas exhortaciones. He aquí lo que dicen de él:

«En el cerro llamado de San Sebastián, y al pie del castillo, existe una cueva, trasformada ya, merced á los piadosos sentimientos de Villavieja, en una limpia habitación de catorce palmos de ancho por siete de largo. En ella no se ve más menaje que un trozo de estera, un jarro, un cántaro, cuatro libros de devoción y algunas estampas.

El penitente que habita la cueva es un sujeto de cuarenta y cuatro años de edad, soltero, natural de Cambila, pueblo distante tres horas de Jaén, de baja estatura, regulares carnes, ojos grandes, calvo y barba espesa cana. Viste una especie de balandrán corto de paño burdo, con cinturón de la misma tela, alpargatas negras, una cruz grande pendiente del costado izquierdo, que da á besar á los que se le acercan, y otra de unos diez centímetros sobre el pecho; no lleva camisa ni prenda alguna interior, y jamás cubre su cabeza.

LLámase Francisco López Ibáñez, tiene dos hermanos que residen en Jaén; hasta la edad de catorce años fué á la escuela, y después, inspirado en lo que había leído de los mártires del Catolicismo, decidió peregrinar por el mundo, habiendo recorrido una buena parte de Africa, algunas poblaciones de Francia, varias comarcas de la América del Sur y muchas de España.

El penitente come una sola vez al día una cazuela de sopa de pan sin sal ni aceite, cuyo alimento dice le basta para vivir. Todos los días baja muy temprano al pueblo, dirigiéndose á la iglesia parroquial, en la que permanece arrodillado cuatro horas rezando con gran fervor, y por las tardes, de tres á cinco, lee la Doctrina al gran número de fieles que acuden á su cueva.

No admite limosnas aparte del poco pan duro que necesita para la sopa del día.

En Villavieja se encuentra desde el principio de la Cuaresma, y hasta hace poco tiempo habitaba una cuevecita que hay á la subida de la ermita de San Sebastián.

Comentando el hecho, dice un corresponsal, se me ocurre repetir lo que desde el púlpito de esta catedral dijo el Cardenal Monescillo, refiriéndose á Casimiro Barello: «Ni afirmo ni niego; puede ser un santo y puede no serlo; tales juicios sólo los emite la Iglesia en su día.»

Los certámenes literarios están á la orden del día.

En Francia hay actualmente cuarenta y cuatro abiertos y en España catorce de que tengamos noticia. Debe observarse, sin embargo, que lo mismo en Francia que en España los certámenes tienen casi siempre un fin poco práctico, á diferencia de lo que sucede habitualmente en Alemania. La Academia de Ciencias de Baviera ha abierto un concurso sobre el tema siguiente: «Describir desde el doble punto de vista de la Topografía y de la Geografía las islas que no figuran todavía en la «Geografía de Grecia» de Bursian, tales como Thasos, Samothrace, Imbros, Lemnos, Lesbos, Chio, Samos, Cos, Rodas y Chypre.» Esto sí, para presentar los trabajos que deberán estar escritos en latín, alemán ó griego, se da de tiempo hasta el 31 de Diciembre de 1888.

Otro certamen de utilidad de los que se hallan abiertos en el extranjero, es sin duda ninguna el que existe para la adjudicación del premio Nevostoniew y Lomonosov. Para obtener este premio, es preciso continuar hasta 1850 la bibliografía de los periódicos que Nevostoniew llevó á cabo desde 1703 á 1802. Al autor de la mejor biografía de dicho escritor y sabio, se le concederán 2.000 rublos.

También es de utilidad un certamen abierto por el rey de Suecia y Noruega, que ofrece unos 3.000 francos al autor del mejor ensayo, sobre los dos asuntos siguientes: «La Historia de las lenguas semíticas, y el estado de la civilización entre los árabes antes de Mahoma».

Por cierto que el rey de Suecia ha cometido una injusticia con España. Los trabajos para este certamen podrán presentarse en latín, alemán, inglés, francés, italiano ó árabe, es decir, en las principales lenguas europeas, dejando á un lado á la española. Consolémonos con la seguridad de que ningún español necesita el ir á buscar laureles entre los helados montes de Suecia y Noruega.

El señor barón Alejo de Sarachaga fundó hace algunos años en Paray una sociedad de recuerdos y de monumentos eucarísticos, cuyos miembros están obligados á ayudar con sus investigaciones, con sus trabajos ó con sus dineros á hacer conocer los mila-

gros obrados por la Eucaristía y también á contribuir con regalos de objetos ó de libros al enriquecimiento del museo y biblioteca de la sociedad.

La publicación de una magnífica Revista intitulada *Le Regne de Jesus-Christ*, prueba con cuán gran celo cumplen sus obligaciones los miembros de esta meritoria y piadosa sociedad. Para darse idea de la riqueza de las colecciones que han reunido basta recorrer el catálogo que se publicó el año pasado con el título de *Collections d'histoire et d'art au Musée de Paray*. El primer grupo de este catálogo lo componen pinturas exclusivamente. El catálogo de los objetos que entran en el grupo de la iconografía acaba de ser objeto de una publicación especial en Lyon.

Las cinco primeras partes de este trabajo encierran la indicación de los grabados, fotografía, miniaturas y otros monumentos que recuerdan los milagros obrados por el ministerio eucarístico; la sexta parte encierra una estadística de los milagros; la séptima presenta una curiosa é interesante bibliografía indicando las obras que se han escrito sobre estos milagros.

Este trabajo, que ofrece noticias muy detalladas sobre los monumentos de todo género conservados en la biblioteca y el museo de Paray-le-Monial, es de gran utilidad para los viajeros que quieran ir á admirar estas preciosas colecciones.

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL R. P. MIGUEL MIR.

(Continuación.)

PERO entre todas estas voces elocuentísimas merece mención especial la que salió de aquella gloriosísima escuela que, nacida bajo el cielo de Andalucía, había de adelantar más que ninguna la causa del arte y del buen gusto, ya que, dando juntamente con el precepto la luz del ejemplo, señalaba el camino más fácil y seguro para llegar á la cumbre de la perfecta elocuencia. Ya entenderéis que aludo al brillante grupo de literatos insignes que, por los años de 1580, se reunieron en Sevilla al rededor del famoso Hernando de Herrera, y que en el libro de las *Notas á las Eglogas de Garcilaso de la Vega*¹ dió su manifiesto ó pregón general, llamando á los ingenios de España al estudio de su lengua y á levantarla á la alteza de perfección de que era capaz. Pocas cosas hay en castellano escritas con tanto calor de ánimo y con elocuencia tan varonil como el prólogo con que adornó este libro famoso el Maestro Francisco de Medina. De él decía el Licenciado Juan de Robles² que tenía «tantos diamantes como dicciones,» y uno de vosotros³ ha escrito recientemente que «por la pompa y armonía de las cláusulas y por lo magnánimo de las ideas es, sin duda, el trozo más elocuente que ha salido de manos de ningún crítico español.»

Sin duda alguna el Maestro Medina pinta con colores demasiado vivos el abatimiento en que supone á la lengua castellana, y no menos exagera la escasez de libros bien escritos que poseía en aquel tiempo nuestra literatura, no pareciéndole ninguno perfecto sino las obras de Garcilaso de la Vega, y atreviéndose á decir de Fray Luis de Granada (á quien llama, aun viviendo Fr. Luis, honra de Andalucía y maestro incomparable de discreción y santidad), que «arrebata en la contemplación de las cosas celestiales, tal vez desprecia las del suelo, y en sus descuidos procura dar á entender cuán poca necesidad tiene la bondad y la eficacia de la cristiana doctrina del aparato de las disciplinas humanas.» Mas teniendo en cuenta

estas exageraciones, no hay español que no sienta inflamársele el pecho al leer aquellas cláusulas admirables en las cuales el Maestro Medina se entrega á la esperanza de que por los esfuerzos de los cultivadores de los buenos estudios «se comenzará á descubrir más clara la gran belleza y esplendor de nuestra lengua, y todos encendidos en sus amores la sacaremos del poder de los bárbaros;» «encogeráse, añade, de hoy más la arrogancia y presunción de los vulgares que, engañados con falsa persuasión de su aviso, osaban recuestar atrevidamente esta matrona honestísima; incitaráse luego los buenos ingenios á esta competencia de gloria, y veremos extendida la majestad del lenguaje español adornada de nueva y admirable pompa hasta las provincias donde victoriosamente penetraron las banderas de nuestros ejércitos.»

Jamás se vió esperanza más de todo en todo realizada que esta «nueva y admirable pompa» que el escritor sevillano auguraba para «la majestad» de nuestra lengua.

Fueron los primeros en procurársela aquellos cuyo ingenio llama Platón cosa etérea y alada, digo, los cultivadores del arte milagroso de la poesía, cuyo fin es embellecer los pensamientos con la lindeza de las palabras y aderezarlos con formas nuevas y elocuentes, «abriendo de esta manera camino, como enseña Cervantes¹, para que los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua, entiendan que tienen campo abierto, fácil y espacioso, por el cual puedan correr con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia.»

Años antes que sonase á orillas del Betis la voz vengadora de la cultura de nuestra lengua, el ilustre Garcilaso de la Vega,

Tomando ahora la espada, ahora la pluma,

había escrito aquellos poemas dulcísimos en que el habla castellana ostenta su fluidez y gallardía en tanto grado, que hacen verdadero el dicho de uno de nuestros críticos², es á saber, que «la lengua de Garcilaso será la lengua que escogerán las Musas siempre que hubieren de hablar castellano.» Pero el ensayo ó esfuerzo del toledano poeta, como los de otros muchos, no tuvo las consecuencias que naturalmente había de tener, no habiendo formado escuela numerosa, antes siendo su libro como uno de aquellos astros hermosos por su brillo, pero que vagan solitarios por los espacios celestes.

No así aquel poeta insigne á quien la escuela sevillana reconocía y acataba por adalid, y á quien seguían los ingenios más floridos de la Andalucía. Rara vez ha habido escritor que tuviese más títulos para ser cabeza de escuela, y rara vez ha habido discípulos que con tanto entusiasmo siguiesen las enseñanzas de su maestro. Dotado de alto entendimiento, no menos que de costumbres honestísimas, Hernando de Herrera pudo aspirar á los cargos más honrosos y brillar en cualquier carrera que emprendiese; pero llevado de la fuerza de la naturaleza, tomó por ocupación principal de su vida el estudio de las letras humanas, enamorándose de ellas en tanto extremo, que después de leer los más libros que se habían escrito en romance, quiso aprovecharse de las lenguas extranjeras, así modernas como antiguas, para el fin de levantar y hermoear la propia castellana. Su espíritu generoso no se satisfacía con lo extremado que veía y admiraba, sino que buscaba y procuraba con el entendimiento, como él decía, «modos nuevos y llenos de hermosura.» «No piense alguno, añadía³, que está el lenguaje español en su última perfección y que ya no se puede hallar más ornato y variedad,» como quiera que «en

¹ El título de esta obra es como sigue: OBRAS DE GARCILASO DE LA VEGA CON ANOTACIONES DE FERNANDO DE HERRERA, AL ILUSTRÍSIMO I ECELÉNTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO DE GUZMAN, MARQUÉS DE AYAMONTE, GOVERNADOR DEL ESTADO DE MILAN, Y CAPITAN GENERAL DE ITALIA. — EN SEVILLA POR ALONSO DE LA BARRERA, AÑO DE 1580.

² En *El Culto sevillano*, diálogo 1.º.

³ Don Marcelino Menéndez Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas en España*, t. II, volumen II, p. 320.

¹ En el prólogo á *La Galatea*.

² El maestro Francisco de Medina en el prólogo á las *Notas de Herrera á Garcilaso*.

³ En las *Notas* á las obras de Garcilaso de la Vega, p. 294.

tanto que vive una lengua y se trata, no se puede decir que ha hecho curso, porque siempre se alienta á pasar y dejar atrás lo que antes era estimado.» Y encarándose con los que pretendían condenar por su propio juicio lo que les parecía digno de censura, sin tener cuenta con la movilidad y perpetuo crecimiento del lenguaje, exclamaba: «¿Qué ley tan estrecha es esta que quieren que se guarde con tanta religión? Tiranía es intolerable la que nos obliga á conservar estos advertimientos, nacidos no de razón ó causa alguna, sino de sola presunción y arrogancia de su ingenio. No se persuadan á creer con lisonja que solos ellos poseen las inmensas riquezas del lenguaje español. Porque no es este ya el tiempo en que se ocupaba la admiración de los hombres con cualquiera cosa. Ya osamos navegar el anchísimo Océano y descubrir los tesoros de que estuvieron ajenos nuestros padres. Enderezando el curso al clarísimo Septentrión, podemos pasar y vencer dichosamente mayores peligros y tempestades que los antiguos argonautas.»

Guiado por estos principios, que parecen copiados de un tratado de Filología moderna, pasó Herrera su vida en pulir y hermosear la lengua castellana, aquilatando sus frases y modos de decir, vistiéndola y adornándola con ropas lucidísimas y aun poniendo miramiento especial en la ortografía, en la cual introdujo novedades que no carecen de importancia. Es cierto que su estilo se resiente todavía de aspereza y bronquedad, y que le falta aquella limpieza, claridad y armonía que había de adquirir más adelante en las plumas de Lope de Vega y de Cervantes; pero en lo que toca á la magnificencia del lenguaje, robustez de estilo y osadía para inventar palabras y giros nuevos, nadie ha ganado al cantor de la batalla de Lepanto. Así se entiende que dijera Lope de Vega: «Nunca se aparta de mis ojos Hernando de Herrera.» «Esta es elegancia, esta es blandura y hermosura digna de imitarse,» repetía al citar versos del gran poeta; y después de copiar aquella soberbia estrofa en que se representa al Betis alzando la venerable barba, revestida de verde musgo, removiendo el movable cristal de la sombría gruta y cubriendo la undosa ribera tapizada de perlas, púrpura y esmeraldas, exclama henchido de patriótico alborozo: «Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra; perdonen la griega y la latina.»

El ejemplo de Herrera, como queda indicado, no fué perdido ni sin consecuencias; su voz no resonaba en el desierto, sino en medio de muchedumbres dispuestas á escuchar sus consejos, y que, estimuladas por ambición nobilísima, enaltecían en la capital de Andalucía los blasones literarios de nuestra nación y los perpetuaban en monumentos que vivirán mientras viva la lengua castellana.

Allí, vivificados por los rayos de aquel sol hermosísimo, á la sombra de los naranjos y de los limoneros, embriagados por los aromas que perennalmente se desprenden de la feracísima tierra, y halagados por el rumor de las fuentes que saltan bulliciosas en los alegres patios, los espíritus de estos poetas ilustres se abrieron á la contemplación de la belleza ideal que reluce en las cosas, é inspirados por las Musas, la cantaron en versos magníficos, traspasando á las creaciones de su fantasía, á sus canciones, á sus odas y romances, toda la brillantez de colorido y la pompa y exuberancia de vida que veían desenvolverse en la naturaleza que los rodeaba. Allí Gutierre de Cetina exhalaba en versos dulcísimos la expresión de los afectos más delicados. Allí Francisco de Medrano, imitador feliz del vate de Venusa, realizaba en correctísimas estrofas las grandezas y las vanidades del hombre. Allí el noble Arguijo

ostentaba en fáciles sonetos una grandilocuencia que suspende la imaginación y arrebatada y transporta el entendimiento. Allí el festivo Alcázar derramaba á manos llenas la gracia y el donaire, y enriquecía el hablar común con epigramas sazonadísimos, tan delicados como los de Catulo y más limpios y honestos que los de Marcial. Allí Pacheco, Quirós, Salinas y otros mil ilustraban en poesías admirables la dulzura y la majestad de la lengua castellana, y á porfía la adornaban y engrandecían.

La chispa del entusiasmo poético, que tan vivas llamas había levantado en los ingenios sevillanos, prendió muy pronto en otras partes. Granada, la ciudad de las tradiciones y leyendas, asiento predilecto del arte, y donde el espectáculo de la naturaleza, los esplendores de su cielo y los monumentos de su historia hablan de continuo á la imaginación y la avivan y enardecen, vió florecer aquella su famosa escuela, inspiradora de los romances moriscos, y en Gregorio Silvestre, Gonzalo de Berrio, Barahona de Soto, Tejada Pérez, y otros ciento inflamarse el estro poético hasta emular la gloria de Virgilio y de Horacio y eclipsar los versos suavísimos del cantor de Laura. Antequera presentaba en Pedro de Espinosa un modelo insuperable de pureza de estilo y de fantasía vivísima y apasionada. Córdoba ofrecía en Pablo de Céspedes un émulo de Miguel Angel en la cuádruple corona de pintor, escultor, arquitecto y valentísimo poeta. Salamanca saludaba en el Maestro Fr. Luis de Leon la gloria más alta de la poesía española y el vencedor de la clásica antigüedad. Valencia se ufana con el insigne Francisco de Aldana y Rey de Artieda. Zaragoza, con los hermanos Argensolas. Ronda, con Vicente Espinel. Guadix, con Mira de Mescua, y, en fin, no hubo provincia, ciudad ó pueblo que no encerrase en su seno algún amante celoso de las Musas. Versos hacía el militar en medio del estruendo y del continuo sonar de trompas y clarines; versos, el hacendado entretenido en sus trabajos y faenas; versos, el religioso en el retiro de la soledad; versos, el caballero en sus cuitas y afanes; versos, la gentil señora en su tranquilo recogimiento. En toda España resonaba sin interrupción la voz de las Musas, menudeando de todas partes epístolas y canciones, romances y sonetos, epigramas y madrigales.

Dichosa edad y siglo dichoso aquel en que, tranquila el alma y ajena de pasiones que miserablemente la envilecen é infiernan, podía entregarse sin cuidado á las dulces artes de la paz y al cultivo de las más bellas facultades con que plugo á Dios enriquecer á nuestra naturaleza! Feliz ocupación la de aquellos varones ilustres que, á vueltas de los negocios más arduos y de las más difíciles especulaciones del entendimiento entreveraban el ameno cultivo de las letras y el suavísimo solaz de la poesía! Hermoso descanso el de aquellos que, después de recorrer las bellísimas florestas de Italia ó de vuelta de las brumas de Flandes, entre las cuales habían derramado su sangre por el honor de la patria, tornaban alegres á sus hogares, y allí, rodeados de su familia, abastecida la mesa de amable paz, con un libro y un amigo, renovaban sus estudios juveniles y buscaban en el cultivo del arte vagar y honesta diversión á sus inteligencias. Así ennoblecían su imaginación y hermoseaban sus sentimientos, y con la acertada compostura de las palabras, con el resplandor de las figuras, con las luces y adornos de las argentadas frases, granjeaban majestad y belleza á los conceptos, gala y primor á su estilo y perfección extraordinaria á la lengua, á la cual preparaban para recibir su mayor grandeza y su más hermosa y resplandeciente claridad.

Siempre, en verdad, fué la poesía la forma en que el arte del bien decir comenzó á alcanzar su perfección y hermosura; pero no

se puede negar que el campo donde logró mayor realce y grandeza, y donde venció mayores dificultades é hizo alarde de más preciadas riquezas, no fué la poesía, sino la prosa. Ocultas en la armonía resonante del verso, pasan faltas de lenguaje y de estilo que no pueden menos de descubrirse en la desnudez del hablar sencillo y desatado. En la prosa, además, campea el ingenio con más desembarazo y gallardía, y suelto de las trabas ó violencias que imponen la estructura del metro y la consonancia de la rima, puede dar á sus conceptos una forma más apropiada y hermosa, y á su razonamiento toda la libertad que pide la naturaleza de las cosas para ser realizadas cual conviene. Y como esta misma desenvoltura y libertad le exponen más al peligro de traspasar las reglas impuestas por la sabiduría de la razón y por las leyes del buen gusto, el escribir bien y hermosamente en prosa requiere cuidado especial, y el triunfar de tantas dificultades como trae consigo este arte, supone dotes más excelentes de entendimiento, discreción y sabiduría que no el arte de hacer versos. Nada es en efecto más fácil que el persuadirse de que escribir bien en prosa es cosa llana y que no puede ofrecer dificultad, antes se dan muchos á pensar que, como todo el mundo habla en prosa, hay que escribirla como la habla todo el mundo, sin diferenciar lo que va de la naturaleza al arte, y no considerando que si el arte imita á la naturaleza es para embellecerla y realzarla con esta imitación. En fin, nuestra lengua es tan magnífica de suyo y tan espléndida y sonora, que, á vueltas del verso, se esconden fácilmente ideas baladíes y aun torcidas y erróneas, cosa que no es tan fácil en la franca luz de la prosa. Así versos bellos, elegantes y armoniosos los han hecho millares en España; lo que ha escaseado siempre han sido buenos prosadores, dotados de estilo propio, correcto y bien formado, y que hayan puesto en su lenguaje aquel artificio que es prenda de gloriosa inmortalidad.

(Se continuará.)

Á LOS LECTORES

Aunque estamos seguros de que todos aprecian en lo que valen las correspondencias de Roma que publicamos, nos permitimos llamar hoy su atención hacia la que se inserta en este número, porque ciertamente es interesantísima para los amantes del orbe cristiano. Nuestro ilustrado corresponsal, testigo de lo que narra, dedica esta carta á celebrar las obras de ampliación que acaban de terminarse en el famoso ábside de San Juan de Letrán, *Ecclesia urbis et orbis*, obras que acreditan que aun en medio de la opresión en que hoy vive el Pontificado, dispensa al arte y á Roma su protección fecunda, conservando y mejorando los monumentos que son gloria del mundo y ornamento de la Iglesia católica.



Encomendamos á las oraciones de nuestros lectores el alma de la virtuosísima Señora Doña Adelaida del Ojo y Gómez de Taboada, hermana de nuestro querido amigo el conocido editor católico D. José, que ha fallecido prematuramente en esta Corte. — R. I. P.

¹ Página 569.

² En el *Papel sobre la nueva poesía*.